

CRISTIANDAD

UN GRAN BENEFICIO DE DIOS
POR LA GRACIA
DE LA INMACULADA VIRGEN MARIA

LA DEFINICION DOGMATICA DE LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA

Las oposiciones y las luchas levantadas contra ella por el
catolicismo liberal,

Ponen de manifiesto la providencial oportunidad de aquella
definición.

* * *

LEA TAMBIEN EN ESTE NUMERO:

La glosa a algunas ideas del «Motu Proprio» del Beato Pfo X
sobre la música sagrada moderna

del Rvdo. P. Antonio Massana, S. J.

BARCELONA
Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22 24 46

CRISTIANDAD

MADRID
Martínez Campos, 11, 5.º-Teléf. 22 62 08

REVISTA QUINCENAL

Precio de suscripción . . . 150 pesetas

PLAZOS: Trimestral, semestral o anual
Para los señores Sacerdotes, cuota reducida



CRISTIANDAD

ofrecerá al público español e hispanoamericano la obra cumbre, de inminente aparición, del

P. JERONIMO DAL-GAL, O. F. M. Conv.

PIO X

Escrita sobre la documentación original de los procesos de Beatificación y Canonización, publicada la primera edición italiana por la Postulación de la Causa, añade a estos singulares valores biográficos una exacta interpretación del pensamiento del Papa Pío X, proyectándolo sobre la sociedad actual. Estas cualidades hacen del libro del P. Dal-Gal,

LA MAS AUTORIZADA BIOGRAFIA DE PIO X APARECIDA HASTA LA FECHA

La biografía del Papa santo que ha sido traducida a mayor número de idiomas y que ha suscitado un notable interés en todas partes.

* * *

El P. Dal-Gal ha trabajado en una segunda edición italiana, notablemente corregida y expresamente preparada para publicarse con motivo de la canonización del Beato Pío X, y CRISTIANDAD le ofrece a Ud.

una sorprendente novedad editorial:

LA APARICION SIMULTANEA DE ESTA EDICION ITALIANA Y DE LA ESPAÑOLA

Precio de este ejemplar: 7,50 ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SVMARIO

EDITORIAL

Por el favor maternal de la Virgen Inmaculada: La Definición de la Infalibilidad Pontificia, por F. C. V. (pág. 161).

DEL TESORO PERENNE

En vísperas del Concilio Vaticano: La oposición del catolicismo liberal ante la Definición de la Infalibilidad Pontificia (páginas 162 a 166).

Un juicio romano acerca de «La agitación suscitada en torno de la Infalibilidad Pontificia» (págs. 167 a 170).

PLURA UT UNUM

Acontecimientos políticos en vísperas del Concilio, por Luis M. Figueras Fontanals (págs. 171 a 173).

Música sagrada moderna, por el P. Antonio Massana, S. J. (págs. 174 a 177).

DE ACTUALIDAD

Quincena religiosa, por Himmanu-Hel (página 178).

Quincena política, por Shehar Yashub (páginas 179 y 180).

ANEXOS

Exhortación del Santo Padre a los Párrocos y Predicadores de la Cuaresma de Roma. — Carta de Su Santidad el Papa al Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos



Por el favor maternal de la Virgen Inmaculada

La definición de la Infalibilidad Pontificia

“Tengo a la Santísima Virgen de mi parte, seguiré adelante.” Esta fué la respuesta de Pío IX cuando su secretario de Estado, el célebre Cardenal Antonelli, le aconsejaba de modo apremiante que, atendidas las circunstancias políticas, apartara de las deliberaciones del Concilio Vaticano la cuestión de la infalibilidad pontificia.

El Concilio ecuménico había sido puesto por voluntad del angélico pontífice bajo el patrocinio de María Inmaculada. Como los actos más importantes de su pontificado, como el “Syllabus” de 8 de diciembre de 1864, también la fecha de la festividad de la Inmaculada Concepción fué escogida para inaugurar las tareas de aquella asamblea de la Iglesia universal, abierta el 8 de diciembre de 1869.

Y ciertamente la definición dogmática de la infalibilidad pontificia, preparada por el universal asentimiento y entusiasta fervor con que la Iglesia entera había acogido en 1854 la glorificación, por la palabra pontificia, de la celeste Madre de Dios, y por la milagrosa confirmación con que en Lourdes quiso Ella misma corroborar el infalible oráculo del Vicario de Cristo, debe contarse entre las mayores gracias que por la misericordia de María se han otorgado a la humanidad rebelde y pecadora en nuestro tiempo. La esperanza en un mundo mejor, más adecuadamente ordenado según la divina Ley, por la instauración de todas las cosas en Cristo, que Pío IX apoyaba en su maternal intercesión, bien puede decirse que recibió en 1870, con la definición del Concilio Vaticano, una de sus más preciosas prendas, al quedar sólidamente establecida, con la firmeza de la verdad dogmática, la base fundamental para la construcción de un mundo mejor.

La afirmación de la infalible y soberana autoridad doctrinal del sucesor del Príncipe de los Apóstoles, Piedra sobre la que la Iglesia está edificada, es, en efecto, también un principio fundamental para la implantación del orden cristiano en la sociedad humana, que no podrá encontrar una paz estable sino en el acatamiento, público y colectivo, de la enseñanza y de la “dirección espiritual” del Vicario de Cristo.

El mismo estudio de la lucha que se planteó en tiempo del Concilio, lucha que enfrentó algunos sectores del catolicismo en contra de la oportunidad de definir dogmáticamente la infalibilidad, es reveladora de la gravísima necesidad del solemne acto doctrinal. Las tendencias que frente a la plenitud de la soberanía pontificia, por devoción al “principio masónico del liberalismo” y por hostilidad al principio de autoridad se concretaron en una actitud de “oposición”, son bien dignas de ser conocidas por el católico de nuestros días, en cuanto que mucho más hoy que entonces se ve en el caso de tener que guardarse de ellas. La lucha que entonces se planteó de modo tan abierto y patente puede ser una lección permanente para comprender el sentido oculto de otras polémicas y actitudes recientes, y en las que, en forma a veces más disimulada todavía que entonces, continúan en el fondo de modo más intenso y grave las mismas peligrosas posiciones.

F. C. V.

EN VISPERAS DEL CONCILIO VATICANO

LA OPOSICION DEL CATOLICISMO LIBERAL ANTE LA DEFINICION DE LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA

«Le Correspondant», en su manifiesto de 10 de octubre de 1869,
da una lección al Concilio

En los medios católicos de diversos países europeos, especialmente en Alemania y en Francia, una vivísima y, a veces violenta polémica, se desarrolló durante los meses que precedieron a la reunión del Concilio Vaticano y mientras se celebraron sus sesiones, hasta su práctica suspensión con el comienzo de la guerra franco-prusiana. Esta polémica, que acaparó la atención de la opinión pública europea, se centró sobre todo en torno a la definición dogmática de la infalibilidad pontificia. La actitud opuesta a la «oportunidad» de la definición (la mayoría de los escritores y casi la totalidad de los Obispos profesaban la tesis de la infalibilidad aun antes de su definición) se concretó en el mismo Concilio en la llamada «minoría» u «oposición».

La agitación que, en la prensa y en los ambientes políticos o intelectuales, y aun en el «gran mundo», con las célebres «matriarcas» (damas de la aristocracia ardientemente antiinfalibilistas, cuyas reuniones en París y en Roma se ocupaban afanosamente del Concilio), tuvo especial gravedad y virulencia, en el aspecto doctrinal, en Alemania donde el liberalismo católico estuvo apoyado por la poderosa corriente de racionalismo teológico. Pero, mayor resonancia tuvo, en el aspecto religioso-político, la «oposición» francesa; su estudio es de consideración actualísima para la comprensión de fundamentales características que han definido ulteriores evoluciones, hasta las más recientes, de los movimientos católicos. Porque el hecho notable y típico de la agitación «antioportunista» francesa fué éste: a la cabeza del movimiento adverso a la definición de la infalibilidad, se colocaron quienes habían sido desde hacía algunas décadas los iniciadores y los dirigentes del «movimiento católico», que se había proclamado fervorosamente «ultramontano».

Con enérgica sinceridad expresó Montalembert, el más ilustre entre los jefes seculares, el secreto de aquella evolución. Adversario resuelto del galicanismo, había afirmado, en frase famosa, en 1847: «El galicanismo ha muerto, falta sólo enterrarlo.» Ahora se situaba en oposición a aquello que había de coronar el movimiento «ultramontano», y explicaba así sus motivos: «¿Quién podía hacernos suponer en 1847, que el pontificado liberal de Pío IX, aclamado por todos los liberales de ambos mundos, se convertiría en el pontificado representado por «L'Univers» y «La Civiltà Cattolica»?»

Era en efecto el liberalismo el motivo nuclear de la oposición en Francia. De no haber aparecido en 1864 el famoso «Syllabus», tal vez bastantes de los oponentes hubieran figurado en la vanguardia del movimiento «papista». El «antioportunismo» fué la manifestación de un hecho más profundo: hacía ya tiempo que el catolicismo liberal se había constituido, de modo disimulado, e incoherente en algunos, en una oposición a las directivas y a las doctrinas romanas en el terreno político-religioso. Esto fué lo que la proximidad de la definición dogmática de la infalibilidad pontificia hizo patente; según dijo entonces un autor ilustre, provocó «la revelación de los pensamientos ocultos en el fondo de los corazones».

* * *

El artículo que «Le Correspondant», principal órgano de aquella tendencia publicó dos meses antes de la apertura del Concilio, conocido como el «manifiesto del catolicismo liberal», es una de las más características expresiones de aquella actitud. Firmado por el secretario de redacción, Luis Douhaire, el artículo se debía a la pluma del duque de Broglie y fué concebido por acuerdo de un grupo de redactores reunidos en la residencia del Obispo de Orleans, Monseñor Dupanloup, el prelado que había de ser en el Concilio uno de los más activos jefes de la oposición.

La lectura de este manifiesto, cuyos fragmentos fundamentales ofrecemos al lector, tiene hoy día la más dramática actualidad. Posiciones que han tenido una fecundidad verdaderamente invasora y que han llegado casi a saturar el ambiente en muchos movimientos modernos y recientes, se encuentran expresados con sutileza y elegancia capciosas, con un método de sugerencias y de alusiones que hace innecesario formular de un modo demasiado abierto y obvio ninguna tesis inaceptable. En el fondo «Le Correspondant» daba al Concilio una lección sobre la inoportunidad de definir la infalibilidad pontificia, a la vez que le advertía del peligro de que confirmase con su autoridad las condenaciones contenidas en el «Syllabus» de 1864.

La lección está dada, sin embargo, en un hábil estilo indirecto. Explícitamente el artículo se presenta como una defensa del Concilio frente a las calumnias de la prensa irreligiosa y a las inquietudes de la opinión incrédula.

He aquí la clave de la interpretación:

«Le Correspondant» recoge de la prensa incrédula calumniosos rumores respecto al Concilio. Esto le permite emplear, como quien constata una opinión de mala fe de los enemigos de la Iglesia, una curiosa terminología: la definición de la infalibilidad pontificia es «el establecimiento de una monarquía incontrolada, de un despotismo dictatorial». La condenación del liberalismo es «la declaración de la hostilidad de la Iglesia hacia la civilización, la imposibilidad para los católicos de vivir en la sociedad moderna». La defensa del Concilio, la expresión de la confianza en él, consiste en la afirmación de que la sabiduría de los Obispos, e incluso la «generosidad» de Pío IX y hasta su inteligencia excelsa «en su misma sencillez», garantizan que no se harán semejantes disparates. Puestos en este ambiente es claro que no parecía oportuno proclamar que si en la Iglesia la autoridad residía de un modo plenario y absoluto en el Romano Pontífice, era por divina institución, ni tampoco resultaba adecuado recordar que en el «Syllabus» se recogía como proposición condenada la de que: «El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilización.»

Así se reproducía la táctica que Dupanloup empleó en la «defensa» del «Syllabus». Los «enemigos» lo atacaban diciendo que hacía la Iglesia incompatible con la «civilización moderna». Esta acusación se fundaba, desgraciadamente, en las exageraciones de «cierto partido» (aunque, desgraciadamente para esta defensa, la confusión se fundara también en las palabras de Pío IX). Había que defender la mente del Papa contra «calumnias» y «exageraciones»: el Papa no tenía por intrínsecamente malo el progreso técnico, ni creía lícito imponer coactivamente la fe. Pío IX, en un breve que fué siempre citado como plenamente aprobativo hacia constar su esperanza de que el ilustre defensor de su mente «emplearía en exponer el pensamiento pontificio el mismo celo que había puesto en defenderle contra posibles falsas interpretaciones».

Para comprender el sentido de la defensa que «Le Correspondant» hace del honor del Concilio ecuménico ayudará, tal vez, una analogía algo atrevida que sugerimos sin pretender juzgar acerca de las intenciones. La táctica se parece, creemos, a la de un «amigo» de Jesús que le hubiere defendido ante el sanedrín de la acusación de «blasfemo», rechazando la «calumnia» o la «mala interpretación» (fundada en las exageraciones de algún discípulo exaltado) y negando que se hubiese proclamado a sí mismo Hijo de Dios, o recordando, oportunamente, por lo menos que había proclamado que «el Padre es mayor que Yo».

Para la lectura de este célebre, apasionante y actualísimo documento, tan prodigiosamente sutil que podría decirse no hay en él palabra sin segunda o tercera intención, no hay que olvidar nunca tampoco esta «categoría»: «cierto partido exagerado y comprometedor». «Le Correspondant» confía en el Concilio «todo entero», en la Iglesia «unánime». La Iglesia no define sino lo que «siempre ha sido creído por todos», no lo que ha sido discutido por un sector piadoso y culto dentro de la Iglesia. Al decir esto parece olvidarse que antes de su condenación (y a partir del jansenismo, incluso después de la misma condenación) todas las sectas heréticas se proclaman a sí mismas la porción más culta y piadosa de la Iglesia.

«Le Correspondant» al afirmar su esperanza de que el Concilio juzgaría bien lo que la prensa exagerada, incluso «La Civiltà Cattolica» (inspirada oficiosamente por la misma Santa Sede) juzgaba mal, bien puede decirse que se equivocó de modo que en este caso por lo menos falló el método de la alusión al «partido exagerado» y «opuesto al sentir de la Iglesia misma». Este partido puede existir en cierto sentido y en algunos casos ha existido sin duda. Pero es interesante advertir que el verdadero estado de la cuestión planteada entonces y la historia misma explícita de la oposición muestran de modo patente que lo que el «catolicismo liberal» juzgaba inoportuno que se definiese no era sino aquello que se definió: la plenitud de la autoridad doctrinal del Papa cuyo magisterio tie-

ne de modo plenario y soberano aquella infalibilidad que Cristo quiso que su Iglesia tuviera. Y lo cierto es que a los que deseaban que esta verdad de fe fuese solemnemente proclamada se les consideró por parte de los representantes del catolicismo liberal franceses — padre o tal vez abuelo del moderno «progresismo» católico — como miembros de una escuela «exagerada» y «peligrosa».

Los «Estados generales» de la Iglesia, a diferencia de los franceses que inauguraron el régimen moderno, tuvieron el mal gusto de proclamar la «monarquía absoluta» pontificia. La convocación del Concilio Vaticano no fué el «1789 de la Iglesia católica», como al-

guien auguraba en frase que Pío IX calificó de blasfema. En aquella ocasión solemne quedó bien claro que la «voz de la Iglesia, que es la voz de Dios», en la que «Le Correspondant» confiaba para corregir la exageración de los «ultrapapistas», no dió la razón al catolicismo liberal en su tortuosa, pero violenta actitud de oposición a lo que fué manifiestamente el sentir general de la Iglesia y del pueblo cristiano. Pareció bien al Espíritu Santo y a los Obispos reunidos bajo la presidencia del Vicario de Cristo dejar solemnemente establecida una verdad que tenía que ser en nuestros difíciles tiempos la indispensable áncora de salvación.

La resurrección de los Concilios

Dos meses nos separan apenas de la fecha señalada por Pío IX para la apertura del Concilio, y es ya absolutamente cierto hoy, que este acontecimiento sin par, considerado mucho tiempo como una quimera, va a ser una angusta realidad. Cuanto más se acerca el momento, más se distrae la atención pública de cualquier otro objeto, y cuando las puertas del Vaticano se abran a los sucesos de los Apóstoles, todas las voces humanas, incluso las más hostiles y las más ruidosas, incluso las voces de la prensa, callarán instintivamente para dejar resonar hasta los extremos del mundo los solemnes acentos de la voz de la Iglesia.

Qué espectáculo tan conmovedor para el corazón cristiano, más atrayente incluso para la mirada incrédula o indiferente del historiador. Hace ya más de mil quinientos años que se reunió el primer Concilio ecuménico: más de trescientos que el último se clausuró. ¿Qué otro poder en el mundo contará con tantos siglos de antigüedad? ¿Cuál otro aparecería lleno de vida después de tantos siglos de interrupción? Si la duración no tiene igual, el resurgimiento es más sorprendente todavía. Sólo la Iglesia hace tales milagros. Todas sus instituciones llevan el sello de la doble naturaleza de su fundador. Las que no son inmutables como el mismo Dios sólo se eclipsan para volver de nuevo a vivir, y como la humanidad de Cristo, resucitan al tercer día.

¡Cuán distintos de los Obispos medievales estos hijos de París o de Nueva York...!

La duración de la Iglesia no es la conservación artificial de un cadáver disecado por las mismas esencias que lo embalsaman. Es la perpetua juventud de la naturaleza viviente. Ella no subsiste sino renovándose. Sus dogmas, que se desarrollan sin modificarse, abren a la curiosa actividad del hombre un campo de reflexión que no ha sido nunca recorrido por entero. Cada época encuentra su manera propia, sino de concebirlas y definirlos, por lo menos de practicarlos y defenderlos.

A falta de otro sentimiento, una inmensa curiosidad penetraría nuestros corazones. Pues la permanencia de la doctrina, en medio de las diferencias de los tiempos, no se habrá manifestado nunca en un contraste más conmovedor. Después de trescientos años de intervalo, será la misma fe expresada por las mismas fórmulas; pero *¡qué diferencia en la actitud espiritual y en el fondo mismo de las ideas de sus intérpretes!* Desde Trento ¡cuántas naciones nuevas han venido a la luz del día y del Evangelio! ¡Qué profunda mudanza en las viejas naciones! Serán, sí, Obispos como sus antecesores y hablarán en nombre de la misma autoridad; pero ¡cuán poco se parecen a los súbditos sumisos de Constantino o a los señores soberanos de las ciudades episcopales de la Edad Media, estos hijos de París o de Nueva York, educados en la escuela de la soberanía popular y de igualdad democrática! Qué grande es la institución en la que caracteres tan opuestos podrán encontrar su lugar uno después de otro sin combatirse, pero sin confundirse, y hacerse oír sin contradecirse ni repetirse.

I

«Rumores vulgares» e «infundadas inquietudes» en torno al Concilio

Desde la altura a la que nos elevan estas consideraciones y la plena satisfacción con que colman nuestra fe y nuestra esperanza, nos es penoso descender a los rumores vulgares que en ocasión de la próxima reunión del Concilio llenan la prensa cotidiana, y a los temores que ellos hacen surgir en ciertos espíritus. Es, sin embargo, el oficio de un órgano como el nuestro, cuya tarea es más práctica que especulativa, y es su dura condición, el hacer constar y discutir hechos y sentimientos que preferiría desdeñar un cristiano contemplativo y filósofo. Lo que se dice, lo que se piensa en torno nuestro sobre el Concilio, lo que se teme y lo que se espera de él, todo esto pesará sin duda con un peso muy leve en sus decisiones y en sus destinos futuros. Es de esto, sin embargo, de lo que tenemos el deber de ocupar a nuestros lectores, y es también nuestra obligación hacerles conocer sobre estas materias con la reserva exigida por la materia, todo nuestro pensamiento.

A este título, no trataremos de disimular que la goza sa admiración de que nos hemos sentido penetrados ante el anuncio del futuro Concilio está turbada incluso en muchos nobles espíritus por las inquietudes que explota hábilmente la prensa irreligiosa, y que han penetrado en los consejos de muchos gabinetes de Europa. Diremos sin rodeos a qué se refieren estas inquietudes, y con la misma franqueza expondremos por qué nosotros no participamos de ellas.

¿Se convertirá a la Iglesia en una monarquía absoluta?

Dos temores principalmente son expresados por aquellos a quienes aterroriza anticipadamente la fecha del 8 de Diciembre próximo. Suponen que la reunión del Concilio ha tenido por fin y debe tener por efecto el concentrar toda la autoridad de la Iglesia en la Cabeza del soberano pontífice. Temen que de una monarquía templada y dividida (tal como les ha parecido hasta hoy), la Iglesia salga del próximo Concilio transformada en una monarquía absoluta y gobernada sin control por un jefe único.

¿Se pondrá a la Iglesia en abierta hostilidad con el mundo moderno?

Suponen igualmente que se preparan decisiones que serán adoptadas por el Concilio, por las que se condenarán de un modo dogmático y absoluto ciertos principios político-religiosos que figuran en la mayor parte de las constituciones modernas: temen que el efecto de estas decisiones sea colocar, en los países donde están vigentes aquellas instituciones a la Iglesia en hostilidad abierta con la sociedad civil, y a los católicos en la dolorosa alternativa de tener que elegir entre la obediencia a las prescripciones de su Iglesia y la adhesión que deben a las leyes de su patria.

Tales son las suposiciones que perturban la opinión

pública. Por lo que a nosotros toca, hemos tomado la determinación de abstenernos decididamente de tales especulaciones temerarias, pero creemos que no es tomar parte en ellas el explicar por qué motivos nos parecen desprovistas de toda verosimilitud.

II

Los «Estados generales» no proclamarán una monarquía despótica

En primer lugar, ¿cómo podríamos temer que la reunión solemne de todos los representantes de la Iglesia está destinada y debe conducir a colocar a estos mismos representantes en un estado de dependencia exagerada bajo el poder de un jefe único? ¿Cómo podríamos pensar que lo que, con expresión profana, podría ser definido como la convocación de los Estados generales de la Iglesia, tenga por efecto el crear en su seno una monarquía despótica que no ha existido jamás en ella? Hay en esto algo de contradictorio en las ideas y en los términos y que repugna al sentido común. No es la costumbre ni la inclinación natural de las grandes asambleas el consumir por sí mismas su propia abdicación.

¿Es acaso la autoridad dogmática la que se teme ver concentrada en la persona del Papa? ¿Acaso se cree que el Concilio, cortando la cuestión tan vivamente discutida entre la antigua Sorbona y los doctores ultramontanos, y disputada entre Bossuet y Fénelon, definirá dogmáticamente la infalibilidad del Papa?

Se comprenderá la reserva que, en un punto tan estrictamente teológico, se impone a una redacción seglar como la nuestra, cuya pretensión ha sido siempre defender la fe, y no comentarla ni definirla. Pero es la humildad misma de nuestro buen sentido la que nos inspira por anticipado una plena confianza en la resolución, cualquiera que sea, que pueda adoptar el Concilio ecuménico.

Una decisión conciliar revestida del asenso pontificio, o una proposición pontificia, corroborada por el consentimiento del episcopado, es ciertamente infalible. Ahora bien, es claro que nos vamos a encontrar ahora ante el concurso libremente establecido de esta doble autoridad. Nada podrá salir del Concilio sino por su libre y común consentimiento. ¿Por qué, pues, habríamos de alarmarnos, como hombres de poca fe? ¿Cómo creer que una Asamblea verdaderamente ecuménica, sobre la que no pesa ninguna presión, y de la que no está excluido ningún miembro legítimo, estará tan abandonada por el Espíritu Santo para despojarse ella misma sin motivo, en favor de otro poder, de lo que hubiera de esencial, exclusivo y divino en sus prerrogativas?

La adhesión de «Le Correspondant» al Concilio «todo entero», expresión de la «Iglesia unánime»

Cuando nos remitimos así con plena sumisión a la decisión del Concilio, entiéndase bien que es al Concilio entero y a su Jefe a quienes se dirige nuestra confianza. Las decisiones en los Concilios, sobre todo en materia dogmática, no son tomadas sino con un concurso de sufragios que basta para que el decreto pueda ser considerado obra de la Iglesia entera. La razón de este escrúpulo es bien sencilla: los Concilios no crean los dogmas, sólo los reconocen y los declaran. Proclaman con nueva fuerza y precisión lo que la Iglesia ha creído siempre y en todas partes con fe más o menos implícita. Basta, pues, que una creencia sea puesta en duda por una parte notable y piadosa de la Iglesia, que no ha salido nunca del común redil, para que un Concilio vacile en elevarla a la categoría de verdad dogmática. Siempre ha prevalecido esta reserva en todas las materias: en ésta en particular, en lo que concierne a las mutuas relaciones entre el Papa, los Obispos y el Concilio, hay una jurisprudencia establecida en Trento, de la que no se apartará sin duda el Vaticano.

Es sabido, en efecto, que si nada fué decretado en el Concilio de Trento sobre tales espinosos puntos, es porque no pudo haber acuerdo para una redacción común con los Prelados que representaban a la Iglesia de Francia, y el Papa Pío IV fué el primero en pedir que se omitiese la cuestión a fin de que ninguna definición se hiciese sin el concurso unánime de todos los Padres. Pío IX no tendrá menos en el corazón que Pío IV la concordia de sus hermanos. Suceda lo que suceda, la decisión procederá de la unanimidad moral de la Iglesia; inquietarse ante la Iglesia unánime sería acordarse demasiado poco de las promesas de Jesucristo.

¿Un «golpe de Estado» en el Concilio?

Sabemos bien lo que se puede argüir contra esta seguridad. Lo que se teme, dicen algunos, no es una definición de la infalibilidad del Papa hecha después de maduro examen, con reflexión y en forma de una decisión regular, es una especie de aclamación entusiasta y vaga arrancada por sorpresa a la piedad filial de los Obispos, desde el inicio del Concilio y antes de toda deliberación. No se teme el resultado de un libre debate. Se teme que éste sea ahogado y suprimido por la precipitación... El Concilio, arrastrado así por un piadoso movimiento de fervor, se encontraría así desde el primer momento, con que habría ya depuesto en favor del Papa toda su autoridad antes de haberla ejercido.

La generosidad de Pío IX impedirá la proclamación de la dictadura pontificia

La prudencia, estemos seguros, no faltará ni a los Padres ni a Pío IX. Y no será solamente la prudencia de Pío IX, es sobre todo su generosidad la que se ofendería de un tal homenaje, en el que parecerían faltar a la vez la dignidad y la libertad. El gran corazón de Pío IX es para nosotros la garantía de que nunca ha pensado en convertir el Concilio en una de estas formalidades solemnes, que en las democracias esclavizadas sirven para adornar la dictadura con el simulacro de la legalidad. No se verá allí un plebiscito propuesto al sí o no de un pueblo mudo y desconcertado.

Al desatar los labios de la Iglesia universal, al restituir por su generosa iniciativa al episcopado la más alta de sus prerrogativas, Pío IX ha mostrado que si no tiene nada que temer de sus hermanos, no quiere tampoco una grandeza conseguida en detrimento suyo. Esta noble confianza dará sus frutos. Lo que Pío IX ha hecho libremente por un movimiento espontáneo de su corazón, cuando toda la Iglesia estaba unida y silenciosa a sus pies, ninguno de sus sucesores podrá dejar de hacerlo en los días de disputas y de tormentas. La antigua manera de definir la fe ha sido restablecida y no será ya destruida. Cesen, pues, todas las prevenciones: desde el momento en que los Concilios han sido hechos posibles, serán ya siempre necesarios.

Expresión de un deseo: La colaboración de los Obispos en el gobierno de la Iglesia universal

Nos atrevemos incluso a formular un voto. Quisiéramos que esta asociación del episcopado a la Santa Sede, cuyo consolador espectáculo vamos a ver de nuevo después de tanto tiempo, viniera a ser, en el régimen futuro de la Iglesia, no ya una excepción solemne, sino una regla que sobreviviese a la convocación siempre rara de los Concilios y se prolongase en sus intervalos. Se podría encontrar por el Concilio mismo, con el asentimiento del Papa, una forma que asegurase al episcopado entero una parte

en la administración habitual de la Iglesia, a la cual el reclutamiento demasiado exclusivo de las congregaciones romanas, ha hecho que sólo el clero italiano participe. Que el Papado deje de ser, pues, exclusivamente italiano, para hacerse así, por una unión íntima con el episcopado, no sólo europeo, sino universal y verdaderamente humano.

III

Especial utilidad de esta colaboración en las cuestiones político religiosas

Si, según nuestro humilde deseo, se estableciese este concurso habitual de los Obispos con el Papa, tendría sobre todo beneficiosos resultados en las relaciones de la Iglesia con la sociedad civil. Es precisamente porque el Concilio realizará en su plenitud esta esperanza, a lo menos por unos días, por lo que no tememos ver salir de esta asamblea ninguna decisión que pueda alarmarnos sobre las cuestiones en las que se encuentra interesada la organización política de los pueblos.

He aquí, en efecto, algo que ha sido en los últimos tiempos tan fácil como curioso de observar. Más de una vez, desde el comienzo de este siglo, los soberanos Pontífices pensaron que su deber les obligaba a tratar en documentos solemnes alguna de las cuestiones mixtas en las que la política está íntimamente ligada a la religión. Más de una vez han elevado su voz para condenar o para aprobar tal o cual principio incluido en las leyes de diversos Estados. Y ha ocurrido entonces con bastante frecuencia que su lenguaje, mal comprendido y todavía peor interpretado, ha excitado en los gobiernos como en la opinión pública una viva emoción. Naciones enteras, equivocadamente alarmadas, se han creído amenazadas en la posesión de derechos que les son queridos, y cuyo uso ha venido a serles tan natural como el aire que respiran.

Testigos de esas inquietudes, los Obispos, como es el deber de su cargo, han tomado entonces la palabra para dar al pensamiento del Papa su alcance y sentido verdaderos. Inmediatamente la turbación se ha calmado, el malentendido se ha disipado, la calma ha vuelto a entrar en la conciencia de los fieles, así como en los consejos de los gobiernos, y las sociedades han vuelto a emprender, en paz con la Iglesia, el curso legal y regular de sus destinos.

Pío IX, el «Syllabus» y el episcopado francés

Este espectáculo se produjo de nuevo, recientemente, en un teatro más vasto, después de la publicación de la encíclica «Quanta cura»... ¡Que clamor se produjo en el primer momento; que turbación casi universal! Los más grandes estados de Europa, se creían y se decían amenazados en el fondo mismo de su constitución social y política. No era sólo tal o cual constitución contemporánea, era la civilización moderna entera, con sus descubrimientos, con su ciencia, sus riquezas y su industria, la que el «Syllabus», en la obscura brevedad de una de sus proposiciones, parecía declarar incompatible, en principio, con la Iglesia. La emoción fué considerable en todas las clases de la sociedad europea; especialmente para hablar de lo que nos concierne, lo fué en la sociedad francesa.

Gobierno y oposición, prensa oficial, liberal y revolucionaria, se concertaron por un momento en sus recriminaciones y en sus alarmas. ¿Cómo cesó todo este ruido, y cómo no queda ya de él más que un recuerdo? Fueron los Obispos los que lo hicieron cesar. Quien tenga presente la serie memorable de documentos episcopales que siguieron a la encíclica «Quanta cura», ninguno de los cuales fué desaprobado por la Santa Sede, sabe hoy día perfectamente que nada, en el acto pontificio, debía conducir a «quebrantar las antiguas máximas del derecho público en Francia», ni a atentar «a la independencia del poder civil» ni tampoco «a los principios sanamente entendidos que la revolución de 1789 ha introducido en la base de nuestras constituciones modernas».

El lenguaje pontificio. Las circunstancias concretas «suspenden eternamente», con frecuencia, la aplicación de los principios

Tal es el efecto pacífico y luminoso producido por la intervención del episcopado, que ha seguido a las palabras de los soberanos

Pontífices. No se trata, sin duda, de que los Papas tengan necesidad de que se corrija o se rectifique su lenguaje, o de que los Obispos de tal o cual país substituyan, por una intervención capciosa, su pensamiento al de los Papas. ¡Dios nos libre de tal sospecha! Pero es que hay entre el lenguaje de los Papas y el de los Obispos la diferencia que existe en todas las materias entre el lenguaje propio de la ciencia y el lenguaje común, entre los principios absolutos y su aplicación particular. Los documentos pontificios hablan la lengua de la teología... Los Papas, además, dirigiéndose a la cristiandad entera dejan siempre a su pensamiento la mayor generalidad; los principios que afirman o que condenan están siempre tomados en su sentido universal o absoluto, sin tener en cuenta las limitaciones y las restricciones que modifican y, con frecuencia, suspenden enteramente su aplicación.

Razón que quita todo temor: La presencia en el Concilio de los Obispos de Francia, Bélgica, Inglaterra, Estados Unidos...

Las decisiones del Concilio ecuménico serán redactadas, adoptadas y publicadas por acuerdo entre los Obispos y el Papa; he aquí por qué no tememos que tales decisiones pudiesen producir en la sociedad política ni siquiera la turbación momentánea que ha sido la consecuencia de la falsa interpretación dada a algunos actos pontificios. Pues, comentario y texto, todo partiría aquí de la misma mano, y al redactar el texto el comentario estaría preparado por anticipado en el pensamiento de los que son llamados ellos mismos a presentar este último. Y si ha habido en los actos pontificios expresiones tales cuyo sentido, mal comprendido, se ha prestado a ser blanco de las calumnias interesadas de la prensa incrédula, y que en Francia, en Bélgica, en Inglaterra, en los Estados Unidos, en todos los países de libertades públicas han podido hacer creer a los gobiernos que la Iglesia empujaba a la violación de las leyes nacionales, estas expresiones serían suprimidas o explicadas por que allí estarán presentes los Obispos de Francia, de Bélgica, de Inglaterra y de América, que conocen por experiencia los prejuicios de la opinión en los países en que residen.

La «lealtad» del Episcopado impedirá la condenación del liberalismo

Preguntad a los Obispos peregrinos de todas las partes del mundo cuál es allí entre ellos la primera necesidad para la Iglesia y sobre qué apoyo humano pueden fundarse para obtenerla: todos, según su conciencia y antes de ponerse de acuerdo, os deberán dar la misma respuesta; todos deberán decirnos que el primer bien reclamado por la Iglesia es su libertad, pero que no tienen otro medio para asegurarse esta libertad santa que el garantizarla por la libertad común de todos sus conciudadanos.

Para que esta defensa de la verdad por la libertad pueda ser sostenida por nosotros con honor y esperanza de éxito una condición es indispensable. Nos atreveremos a recordarla con voz modesta pero firme — con la voz de la conciencia y de la experiencia — a nuestros Padres espirituales, a nuestros queridos y dignos Obispos, herederos de la ilustre Iglesia de Francia y, por su órgano, al episcopado del mundo entero. Cuando reclamamos de la sociedad la aplicación de la libertad, que es nuestro derecho y su principio, es preciso que ella no se crea autorizada a respondernos: «No, sabemos lo que sois y lo que queréis. Sois los enemigos necesarios y eternos de la libertad; no la pedís sino detestándola y para ahogarla. Cuando la habréis obtenido, cuando habréis crecido bajo ella, os serviréis de la fuerza que os haya dado para arrebatársela a aquellos de quienes la habéis recibido; pues vuestra fe, que la maldice, os mandará destruirla»

Las «luces de la caridad» y los «deberes del patriotismo...»

Estas consideraciones no abandonarán el corazón de los Obispos desde lo alto de su sede del Vaticano, no perderán de vista el espíritu de esta gran sociedad, de la que han sido los hijos antes de ser sus pastores. Pensarán que si esta sociedad es imperfecta, como todas las familias humanas, es, sin embargo, rica de gloria y virtudes, y que si se le debe advertir que corrija sus vicios, no se le puede exigir que cambie el fondo de su ser y los principios que han pasado a ser como su misma sangre.

Pensarán, en fin, que esta generación, trabajada por tan diversos fermentos de agitación, tiene más necesidad de paz que de con-

«NOVA ET VETERA»

fictos nuevos y de bendiciones más que de anatemas; que en el fondo ella está cansada de duda y hambrienta de verdad, y que si la incredulidad y la intolerancia no le dan sino serpientes a comer, es a los Pastores de la Iglesia a quienes compete el darle el pan del alma que ella reclama. No les pedimos, — no lo permita Dios — que traicionen derecho ninguno de la verdad eterna. Pero también la caridad tiene sus luces y el patriotismo sus deberes. El corazón de un Obispo es de juez y de padre. El sabrá conciliarlo todo.

IV

Confianza en el Concilio: «La voz de la Iglesia es la voz de Dios»

Tales son nuestras esperanzas en las dos cuestiones que la imprudencia de algunos escritores ha entregado a una discusión prematura. Poco nos importa que estas cuestiones sean mal juzgadas por la prensa; serán bien juzgadas por el Concilio, por el Soberano Pontífice unido a los Obispos y, para toda conciencia católica, la voz de la Iglesia que es la voz de Dios.

Para la conversión de los judíos, de los «hijos de Lutero y de Calvino...»

A estas esperanzas, cuyos motivos hemos indicado largamente ¡cuántas otras más radiantes todavía vienen a añadirse en el fondo de nuestras almas ante la proximidad de esta asamblea de santos y de sabios, depositarios de la fe, representantes de todos los pueblos que viven sobre la tierra! Si responde al llamamiento del Soberano Pontífice y a la expectativa de las naciones, el Concilio Vaticano preparará el retorno a la unidad de los pueblos del Oriente... A su voz los Hebreos se sentirán, tal vez, conmovidos y convencidos. ¡Qué gozo si los hijos de Lutero y de Calvino esparcidos sobre toda la tierra y conquistadores del mundo (pero de ¡qué sirve conquistar el mundo si se pierde el alma!) se acercasen de nuevo al centro de la unidad y nos fuese dado ver cesar por fin esta división entre hermanos... ¡Qué tarea más admirable para emprender! ¡Cuán nobles e importantes trabajos!

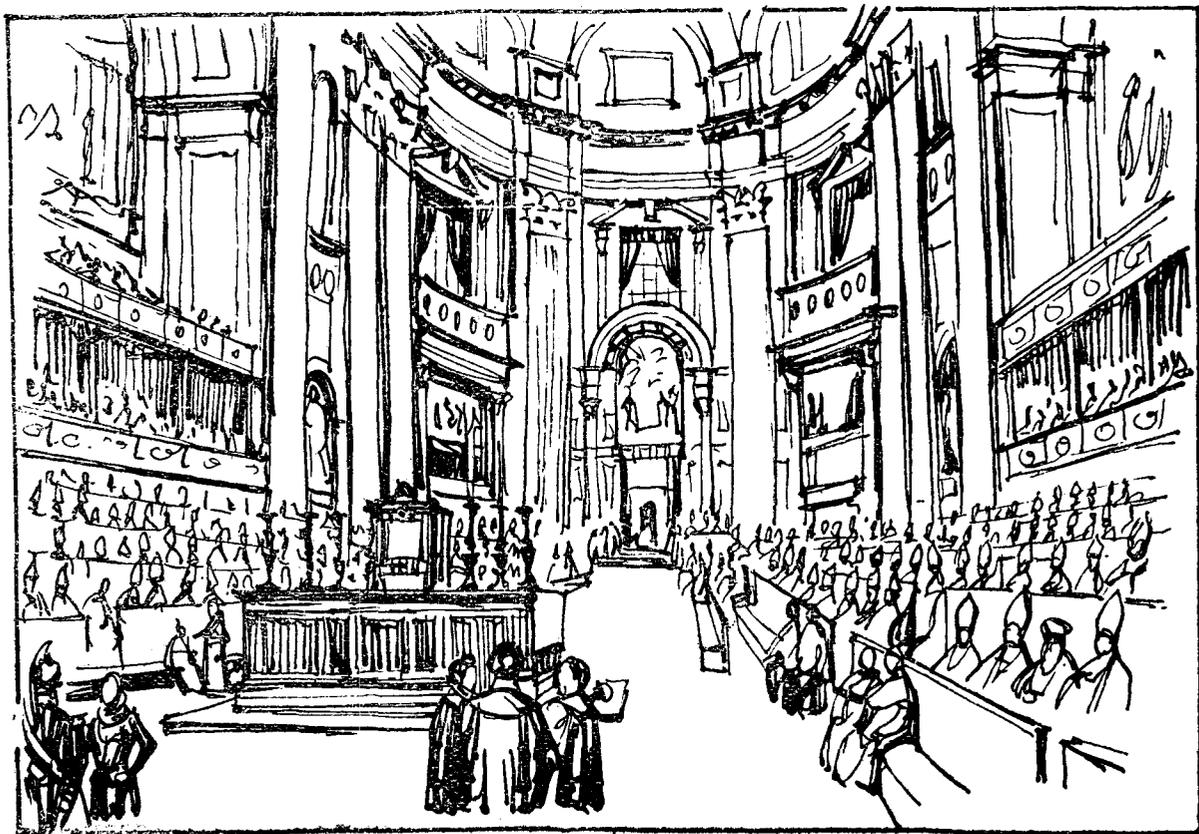
Un programa «ilustrado»: En defensa de la razón, de la justicia y del progreso...

El Concilio puede también con sus declaraciones restaurar las grandes verdades atacadas por el renacimiento de un materialismo ateo, y salvar la razón no menos amenazada que la fe. Puede recordar los eternos principios de la justicia y del derecho de gentes y condenar la usurpación, el uso de la fuerza, el abuso de la guerra, el horror de la esclavitud, flagelo del que no estamos todavía libres. Puede, alabando el trabajo, la ciencia, el comercio y sus maravillas, condenar el agio culpable y el lujo desenfrenado; volver a llamar a los ricos a la moral, los escritores al respeto del público, los poderosos a sus deberes; suplicar en pro de las pobres mujeres y los niños aglomerados en los talleres; predicar la instrucción y combatir la ignorancia, que un Papa llamaba, hace ciento cincuenta años, el origen de todos los males.

«Queremos creer» que el Concilio se ganará la admiración de los incrédulos.

Adhesión «unánime» de los católicos «de todas las escuelas»

En fin, el Concilio, rindiendo a la sociedad humana servicios tan necesarios, se ocupará de la Iglesia misma, de los progresos indispensables de la educación del clero, de los nuevos medios de extender la fe entre los paganos y de conservarla en los pueblos católicos, a través de los obstáculos, pero también por medio de los recursos que presenta un mundo transformado. ¡Qué inmensa carrera! ¡Qué sublime misión! Con la ayuda de Dios, el Concilio Vaticano, queremos creerlo, marcará en la historia de este siglo y de todos los siglos una fecha considerable, y se ganará la admiración de los incrédulos, como tiene ya por adelantado la adhesión completa, respetuosa, gozosa, unánime de los creyentes católicos de todas las escuelas, de todas las lenguas y de todos los países.



UN JUICIO ROMANO ACERCA DE «LA AGITACION SUSCITADA EN TORNO DE LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA»

(*La Civiltá Cattolica*. 2 de julio de 1870)

¿Quién ha sido el causante de la polémica?—La «imprudencia» de los católicos «intemperantes». Irritación de los católicos «moderados». — La definición se imponía por la fuerza providencial de los hechos.—El catolicismo «liberal» enfrentado al espíritu del verdadero cristianismo católico, apostólico y romano.—Sobre las «óptimas intenciones» y los «nobles motivos» de la actitud opuesta a la definición de la infalibilidad del Papa.—Los pretextos de la oposición: el amor a la Iglesia y el deseo de ver a su Jerarquía libre de la tiranía del partido de los «más papistas que el Papa».—Los motivos reales: El horror al principio de autoridad y la devoción al principio masónico del liberalismo.—La imposibilidad de conciliar la esencia de católico con la de liberal, supuesto el deber de asentir plenamente a las definiciones y condenaciones de los Sumos Pontífices.

Un poderoso estímulo a la oposición: «El espíritu moderno». «¡Cuántos han sido instrumentos inconscientes de esta guerra a la Iglesia por tenerse por partícipes de este espíritu moderno, que aunque ya comprenden que no es el Espíritu Santo, no acaban de convencerse de que es «satánico»!

En un siglo tan poco dado a la teología, más aún tan ajeno, por lo general, a cuanto sabe a teología, como es el nuestro, causa gran maravilla la conmoción que se ha suscitado en todos los pueblos y en toda clase de personas con ocasión del Concilio Vaticano, o más bien con ocasión de aquel punto de la infalibilidad pontificia, en cuya definición el mundo ha compendiado toda la importancia de la asamblea conciliar. Es lícito afirmar, sin ninguna hipérbole, que de ocho meses a esta parte todo cuanto podía decirse y escribirse en pro o en contra de este artículo de doctrina católica, se ha dicho y se ha escrito con tal variedad de formas, que la fecundidad del humano ingenio parece que se ha agotado en ello.

Esta conmoción de los ánimos, ¿ha sido un bien o un mal? Hay quien lo ha considerado y lo considera como un bien; otros lo tienen por un mal muy deplorable. Pero acaso andan más acertados los que lo juzgan uno de aquellos hechos extraordinarios, que resultan de causas buenas en parte, y en parte malas, y que reciben precisamente el nombre de providenciales, porque Dios los ordena admirablemente para mayor utilidad de la sociedad humana.

Pues bien, bajo este último aspecto nos place, también a nosotros, considerar la agitación que se ha despertado a propósito de la infalibilidad pontificia; y esperamos que no será del todo superfluo señalar ahora las dos clases de causas, buenas y malas, que han concurrido por varios caminos a moverla y aumentarla y que, gracias a las disposiciones de la Providencia, la han llevado a producir los felices resultados que hoy admiramos.

¿Quién ha sido el primero en mover esa agitación? Pregunta es ésta que muchísimos se han hecho, o alarmados por el rumor, o enojados por las consecuencias que se derivarían de ella. Los adversarios de la definición echan continuamente las culpas de todo a nuestra insignificancia. A decir verdad, el honor que nos hace esta acusación no nos es posible aceptarlo, porque carece de fundamento.

No siendo nuestro el mérito de la obra, no podemos en manera alguna aceptar el honor de la misma. Más aún, ya que hemos entrado en este tema, confesaremos lisa y llanamente que, muy al contrario, sentimos por nuestra parte algo de remordimiento de haber hecho demasiado poco. Si en los dos últimos años hubiésemos podido advertir que se levantarían tantas objeciones contra una ver-

dad tan sacrosanta, tan universalmente admitida y tan divinamente cierta, como es la infalibilidad doctrinal del Papa, no habríamos dejado de anticiparnos a ellas, tratando del tema más de propósito, según la escasez de nuestras fuerzas, demostrando la oportunidad y explanando las conveniencias sociales de la definición. Con lo cual habríamos procurado hacernos merecedores, al menos un poco más de lo que lo somos, del honor que tan profusamente nos han atribuído los contradictores de dicha verdad.

* * *

¿Quién ha suscitado esa agitación?, se insiste en preguntar. A lo cual respondemos nosotros que la han movido los que más simulan dolerse de ella: aquellos que han sido los primeros en impugnar la *definición*, o la *definitividad* de este capítulo de doctrina.

Y en efecto, por más que este capítulo de doctrina no estuviese definido como dogma de fe, el mundo católico lo tenía por teológicamente ciertísimo, hasta el punto de que nadie se habría atrevido a negarlo, o ponerlo en duda, sin incurrir en una nota desfavorabilísima. Esta creencia estaba fundada en la interpretación autorizada de los pasajes evangélicos que se refieren al Primado de Pedro, y en el común sentir de los Padres, de los Doctores y de las Escuelas, y en la tradición constante y práctica de la Iglesia, y en las declaraciones de muchos Concilios nacionales y provinciales. Por donde se ve que el mundo católico se hallaba en plena, legítima y pacífica posesión de esta creencia; y que el profesarla, enaltecerla y honrarla públicamente, a nadie se había ocurrido considerarlo como acto perturbador; antes bien, como acto sumamente laudable.

Esto supuesto, apenas se tuvo barruntos de la intención manifestada por el Pontífice de convocar un Concilio ecuménico, y mayormente cuando se conoció la bula que lo convocaba, fué más que permitido a todo cristiano católico expresar de palabra y por escrito el deseo de que el Concilio definiese, como dogma de fe, esta verdad teológica ciertísima; y aun a esforzarse porque las conveniencias de tal definición fuesen estudiadas y reconocidas por los Pastores y los fieles. Haciéndolo, cumplían los católicos una buena obra, como se suele decir, *ex integra causa*.

III

En esto, precisamente, estuvo el error, o si se prefiere, la "imprudencia" de los católicos "intemperantes", añaden los adversarios; en anticipar con manifestaciones inoportunas la sentencia del Concilio. Ello irritó a los católicos "moderados" y dió origen a la agitación.

Los católicos, a quienes por exquisita deferencia se da el título de "intemperantes", no anticiparon ninguna sentencia. Se contentaron con tomar la cosa como era; es decir, se contentaron con afirmar que la doctrina de la infalibilidad pontificia era una verdad certísima de la Iglesia católica: y, esto supuesto, mostraron las congruencias de que una verdad tal, fuese definida como dogma de fe; y puesto que las congruencias eran evidentemente persuasivas y satisficían no menos el entendimiento que el corazón, mostraron también a su vez la esperanza de que el Concilio haría la definición indicada. Y en ello los católicos no hicieron sino seguir el ejemplo del ilustre y docto monseñor Enrique Eduardo Manning, Arzobispo de Westminster, que en el otoño de 1867, en una pastoral a su clero, dijo cosas estupendas sobre las relaciones entre el futuro Concilio y la infalibilidad pontificia. ¿Qué había en este modo de proceder para merecer la censura? ¿Dónde está escrito que se encuentre prohibido exponer públicamente entre los católicos el deseo de que la verdad católica pase de esplendor en esplendor? ¿Y no habrá sido, por el contrario, reprochable intemperancia de lenguaje, el dar por ello a tales católicos el calificativo de "intemperantes"? ¿No ha sido error crasísimo, levantarse a impugnar, con miserables sofismas, el derecho que tales católicos tenían de manifestar con toda claridad sus santos deseos, y sus piadosas esperanzas? ¿No es un trastornar el orden de justicia, salir gritando que se ha promovido la agitación, no por quienes contradecían la posesión legítima de la verdad, sino por el que usaba legítimamente de esta posesión? Los católicos, que expresaban sus deseos y esperanzas, ¿imponían acaso a los Obispos su voluntad propia, o los amenazaban con cismas o con el fin del mundo, si no les atendían, al modo como lo han hecho después los adversarios "moderados", para impedir que los Padres del Vaticano sentenciasen dogmáticamente en favor de la infalibilidad?

IV

Por lo demás, la Providencia de Dios, que quería el triunfo de esta verdad, lo había dispuesto todo de manera que, supuesto que el Concilio se reunía, la definición estuviese, como suele decirse, en la atmósfera, o sea en la misma fuerza de las cosas.

Un Concilio ecuménico que se reunía después de las famosas declaraciones de la Asamblea de 1862 (1), que de tal manera atentaban a la integridad de la fe y a los divinos derechos de la Sede apostólica, y después de los desenfrenos del jansenismo, que había encontrado en aquellas declaraciones el más sólido apoyo para su obstinación, parecía no poder hacer cosa alguna sin reforzar el eje viviente de la unidad católica con más explícitas definiciones y sin reprobar con nuevas y solemnes condenaciones, principios fatales que incubaban, bien que medio extinguidos bajo las cenizas, pero no del todo apagados; poco a poco se iban reavivando aquéllos, bajo la instigación del liberalismo católico, que daba muestras de buscar en los susodichos principios un arma de resistencia contra las modernas Encíclicas pontificias y el "Syllabus" de 1864.

(1) Alude a la famosa Asamblea del clero francés, que en el reinado de Luis XIV redactó los "cuatro artículos" galicanos. En ellos se afirmaba la supremacía del Concilio sobre el Papa y se negaba la infalibilidad de las sentencias doctrinales pontificias. Esta doctrina fué repoblada y condenada repetidamente por la Santa Sede, así como el "febronianismo", que reprodujo en Alemania en el siglo XVIII las mismas tendencias de modo más radical todavía.

Un Concilio ecuménico que venía a reunirse después de las admirables manifestaciones de adhesión al que es Cabeza visible de la Iglesia hechas por el Episcopado en diciembre de 1864, en ocasión de intervenir en la definición dogmática que hizo Pío IX de la Inmaculada Concepción de la Virgen María; en los años 1859 y 1860, cuando unánimemente y con actos vigorosísimos protestó contra la usurpación de los Estados de la Iglesia, declarando necesario el dominio temporal del Vicario de Cristo, para el ejercicio libre de su supremo ministerio; en el año 1862, cuando en crecido número acudieron a asistir al Santo Padre en la ceremonia de la canonización de los mártires japoneses y a afirmar los derechos civiles de la Santa Sede y el Primado de Pedro sobre toda la grey de Jesucristo; y en junio de 1867, cuando con cerca de quinientos miembros suyos volvió a solemnizar el décimo octavo aniversario secular del martirio de San Pedro, y a protestar de que "él creía y enseñaba lo que el Papa cree y enseña, y rechazaba los errores que él rechaza"; un Concilio ecuménico que se reunía después de estas maravillosas demostraciones, parece que no pudiese hacer nada sin coronar la obra, definiendo explícitamente el infalible magisterio soberano de aquel Pedro, cuya infalibilidad, con semejantes actos singulares y colectivos, el Episcopado había hecho más que confesar implícitamente, en el decurso de los dieciséis años anteriores.

Un Concilio ecuménico que se reunía en un momento, en que está desencadenada una guerra implacable contra toda representación de la autoridad de Dios en el mundo; y se ha hecho blanco, más que nunca, al Pontificado romano, de los odios y de las maquinaciones de las sectas anticristianas; y en que toda ley sobrenatural del creer y obrar es conculcada por el desenfreno del orgullo y la licencia de la carne; y se pretende arrojar a Cristo y su Iglesia fuera de la sociedad civil; y se proclama como fundamento de una "nueva civilización" el derecho al error y la libertad del mal; bien parece que no podía hacer menos de firmar previamente, con sus definiciones, la potestad suma y las prerrogativas todas, con que Cristo dotó a su Vicario en la Tierra; y robusteciendo de esta manera el centro y la cabeza, volviéndose a consolidar más y más todo el edificio de la unidad dogmática y todo el cuerpo jerárquico, contra los asaltos del espíritu de revuelta, que amenaza desde fuera su estabilidad, su salud y hasta su existencia misma.

Por último, un Concilio ecuménico que, por primera vez desde que la Iglesia existe, se reunía junto al sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, entre un despertar de fe y de amor incomparable, por parte de los católicos de todo el orbe, hacia su combatida Sede; y en momentos en que, en medio de la decadencia de tantas majestades y tantos materiales poderes, el Papado, en la persona augusta de Pío IX, se elevaba a un grado de majestad y de prestigio moral que rayaba en lo prodigioso; parece, que no podía menos de aprovechar esta coyuntura tan propicia, para declarar formalmente el más divino de los privilegios concedidos por el Salvador a Pedro; y de esta suerte cooperase a la glorificación cada vez mayor de esta su Cátedra de verdad, que debe ser la única salvación del mundo puesto en peligro.

Los católicos que comprendían esta disposición de las cosas y tenían el sentido recto de los intereses de Dios en la humana sociedad, conocían y sentían que el Espíritu del Señor habría guiado al Concilio a esta definición de la infalibilidad doctrinal del sumo Pontífice; y sin ponerse previamente de acuerdo, sin manejos, sin artificios, se encontraron unánimes en conceptos, en deseos y en esperanzas. Ahora bien, esa uniformidad de pensamientos, y digámoslo así, de instinto sobrenatural, en la porción más escogida de la Iglesia, era uno de aquellos indicios seguros que hacían exclamar: "*Digitus Dei est hic*". Y que, en efecto, el dedo de Dios estuviese presente, es cosa que hemos visto, y estamos viendo aún en los efectos.

Concluyamos por tanto, que por parte de los verdaderos cristianos católicos, apostólicos y romanos, ningún desorden se ha promovido, propio a suscitar la agitación que después se ha levantado en torno al punto de la infalibilidad pontificia; que ellos usaron legítimamente del santo derecho de rendir homenaje a una verdad de la fe, de que la Iglesia se hallaba en posesión; y que obrando así, secundaron las intenciones y designios de la Providencia, la cual, con mil indicios, mostraba querer lo que les inspiraba íntimamente.

V

La agitación, por el contrario, surgió cuando los neogalicanos y neofebonianos, que se las dan de católicos "liberales" y "moderados", se arrogaron la facultad de impedir que los católicos (sin aditamento) ejercitasen su derecho de manifestar, a través de la prensa y de entusiastas exposiciones a los Obispos y al Papa, que eran

ardientes defensores de la infalibilidad; y por esto tratan de desacreditarlos y los tacharon de "intemperantes". Como era natural, se entabló una animada polémica entre las dos partes: el celo de los mantenedores de la verdad se acrecentó: por todas partes se multiplicaron las manifestaciones favorables: clero y fieles compitieron en redoblar las solemnes protestas en favor de su creencia. Y por cuanto que es más fácil defender lo verdadero y justo a sangre fría, que atacarlo, de ello se siguió que los contradictores, a falta de razones sólidas, recurrieron a los rumores, a los escándalos, a las invectivas, a las intrigas; sacaron indignamente la controversia a la plaza pública; aceptaron las ayudas del periodismo irreligioso; y pronto, ayudados por tal auxiliar, llenaron la cristiandad con griterío, despropósitos y confusión.

Hasta entonces la Providencia había dispuesto y enderezado las causas buenas hacia su fin; a partir de aquel momento, permitiendo que las malas causas de la agitación llegasen a chocar con las buenas y guiando siempre estupidamente las unas y las otras al fin propuesto, hizo que por su contraste se produjese lo que se ha producido, y que colma de santa alegría a toda la Iglesia de Jesucristo.

Por lo cual, si los católicos "liberales" y "moderados" hubiesen andado precavidos en sus actos, dejando que los católicos (sin adjetivos) cumpliesen su tarea propia, bajo la vigilancia de quienes tienen el encargo de regir las conciencias e iluminar su fe, pueden tener por cierto que no se habría suscitado agitación alguna que perturbase la paz de las almas: paz que, en cambio, han turbado ellos, haciendo con toda verdad lo que fingidamente han deplorado, suponiéndolo obra de los "jesuitas", los "ultramontanos", los "exaltados" de la *Unità Cattolica* y los "turbulentos seculares" del *Univers*.

VI

—Pero ¿qué se ha hecho, en resumidas cuentas, que sea contrario a la paz de las almas? — preguntan ellos.

En verdad que tienen poca gracia en esto de forzar al que preferiría ahorrárselo, para que reconstruya cada vez el proceso de su inocencia. ¿Qué se ha hecho? Pues bien, señalemos a grandes rasgos una pequeña parte de lo que han hecho.

Comenzaron por soltar al Jano bifronte (1) de Alemania para enfrentarle con el "romanismo", esto es, con la Santa Sede, contra la que vomitó una quintaesencia de la más amarga bilis febroniana: mendigaron después públicamente firmas de seculares para exposiciones sediciosas y subversivas de la disciplina católica: a continuación confiaron mucho en el daño de apostasías, que no perjudicaban sino a los que se manchaban con ellas; más tarde se pusieron a adorar estrepitosamente a su becerro de oro, o sea, el esqueleto del galicanismo, mal reencarnado en ciertos típicos volúmenes que daban piedad de ver; en seguida azuzaron a todo el periodismo liberalesco y sectario a costas de los católicos que propugnaban la verdad para ellos odiosa; pretendieron posteriormente señalar modestamente el "programa" (2) a los Padres del Concilio, indicándoles los puntos que convenía reformar en la divina constitución de la Iglesia, y ofreciéndoles, en cierto modo, como mediadores entre la Iglesia y la "sociedad moderna", a la cual querían devolver la paz a expensas de la autoridad del Papa, que se había vuelto "excesiva" y que necesitaba, por tanto, templarse; arrojaron después, entre los pueblos, libelos insidiosos, para prevenirlos en contra de la infalibilidad, en el supuesto de que el Concilio cometiese la "imprudencia"

de decretarla; pero no sólo esto, sino que, una vez convocada la sagrada asamblea en Roma, suscitaron a su alrededor, con sus periódicos, una tempestad de molestias, mentiras, impertinencias y espantajos; además, difundieron escritos rebosantes de errores, opiniones cismáticas e infamias en vilipendio del Papado; y aplaudieron los delirios del que había insultado al Vicario de Cristo como "ídolo del Vaticano"; y compraron traidores que divulgasen los documentos secretos del Concilio; y, para terminar, descubrieron toda trama de una vergonzosa conjuración que desembocaba en tentativas de violencia moral contra el Concilio, que dejan cortas todas las bajezas bizantinas.

Esto no pasa de ser un brevísimo resumen de lo que han hecho ellos con su "catolicismo" y su "liberalismo" en contra de la definición, y por consiguiente contra la paz de las almas; y desafiamos a quien sea a negar uno solo de estos hechos.

VII

.....

VIII

—Con todo— se replica por parte de muchos—, también los católicos liberales, al oponerse a la definición de la infalibilidad, estaban animados de óptimas intenciones.

De las intenciones juzga Dios; los hombres se atienen a los hechos, según la regla también consignada en el Evangelio: *Ex fructibus eorum cognoscetis eos*. Nosotros no podemos, pues, ni debemos entrar en el juicio de las intenciones. Las cuales, sin embargo, hablando en términos generales, nos parece muy difícil que puedan ser óptimas y andar acompañadas con actos evidentemente reprobables. El sentido común es dado a todo hombre, precisamente a fin de que en su obrar armonice los actos con las intenciones.

Mas, sea de ello lo que fuere, según las inferencias naturales del argumento, diremos que los motivos que impulsaban a oponerse a la definición dan la medida para apreciar (siempre, desde luego, hablando en general) el valor de las intenciones de los que la han combatido.

Hemos leído un verdadero fárrago de libros, folletos, cartas y periódicos en distintas lenguas, salidos de los campos de los opositores; hemos conversado con personas conocedoras muy a fondo de los hombres y cosas del partido católico-liberal; y, por último, no hemos dejado de entrevistarnos con alguno de sus más conocidos y activos secuaces, que nos ha abierto ingenuamente su corazón. Estamos, por consiguiente, en el caso de poder juzgar, con suficiente conocimiento de causa, sobre los motivos que impulsan a los católicos "liberales" a combatir tan rudamente la definición.

Estos motivos son de tres clases: los hay aparentes, los hay reales y los hay accesorios.

Los dos aparentes que se han repetido con más machaconería, porque encubren mejor los reales que desagradan poner muy de manifiesto, se reducen:

1.º *A un ferviente amor a la Iglesia*, que se ha querido presentar a la gente de bien como expuesta a un peligro máximo, para el caso de que se definiese la infalibilidad, en gran manera odiosa para la mayoría de los católicos, que se deja suponer es "liberal"; odiosísima también para la "sociedad moderna", que no quiere oír hablar de "nuevos dogmas" y con la que, sin embargo, es necesario que la Iglesia, tarde o temprano, se reconcilie.

2.º *A un celo no menos ferviente, por la libertad jerárquica en la Iglesia*; libertad amenazada por las pretensiones de la escuela "extremista", que se muestra más cató-

(1) Alude al libro de Jano, seudónimo del célebre profesor de la Universidad de Munich, Doellinger, que apostató después de la definición y fundó la secta de los "viejos católicos".

(2) Se refiere al manifiesto católico liberal de "Le Correspondant" publicado en este mismo número.

lica que el Papa y busca hacer del Vicario de Cristo en la tierra un "César divino". A decir verdad, los católicos "liberales" necesitan una cara muy a prueba de vergüenza para hacer bandera de estas malas razones, que nada tienen de católicas, y seguir llamándose católicos por los cuatro lados. No importa: éstas son las dos razones que han repetido hasta la saciedad, para cohonestar su oposición al dogma de la infalibilidad pontificia.

Los dos motivos reales, ocultos bajo los anteriores aparentes, son, en cambio:

1.º El horror a aquella solemne afirmación del principio de autoridad en el mundo, que va implícita en el decreto dogmático de la infalibilidad pontificia; afirmación que acabará por derribar el principio masónico del liberalismo, al que estos católicos, no importa si de buena o mala fe, profesan una devoción como la profesarían a un principio celestial.

2.º El terror a las consecuencias de este decreto dogmático, respecto a las condenaciones de los errores modernos, y en particular las del "Syllabus", que prevén les será imposible aceptar con las benignas interpretaciones de algunos doctores suyos, si quieren seguir siendo católicos. Estos motivos reales se reducen, en substancia, a la imposibilidad de conciliar justificadamente la esencia de "católico" con la de "liberal", si se ven obligados a someterse estrictamente, con pleno asenso de la mente y sin reserva de ninguna clase, a todas las definiciones y condenaciones del Romano Pontífice. Aquí se encuentra todo el nudo de la dificultad y el verdadero *casus belli* que les ha incitado a sostener una guerra tan desesperada.

Análogos son los motivos accesorios. Nos contentaremos con apuntar los que siguen:

1.º La ignorancia en materias religiosas, mucho más común de lo que se piensa, aun en aquella extendísima clase de personas, que se dan de instruídas, cultas, e incluso doctas. Y aun ésta, esperamos que delante de Dios tenga bastante excusa, sobre todo las mujeres, que en esta campaña teológica se han querido hacer acreedoras al título de "matriarcas". Fuera de la gracia, suele decirse que la ignorancia es el ministro más afortunado de la salvación.

2.º El espíritu de parcialidad que enturbia la vista de los mejor intencionados, máxime cuando a él se añaden las nieblas de errores y prejuicios que ofuscan la presente "atmósfera moral" y, más todavía, las tinieblas de la ignorancia. ¿Cuántos en Francia, por ejemplo, se han improvisado galicanos, desde que han oído decir que el galicismo es una gloria nacional, y han ignorado que, por el contrario, es la impostura más antifrancesa que pueda figurarse, y a la vez repugnantísima para el espíritu, el corazón y el leal carácter de su nación? ¿Cuántos han sido instrumentos inconscientes de esta guerra a la Iglesia, sólo por tenerse por partícipes del "espíritu moderno", que no creen sea precisamente el Santo, pero que no acaban de persuadirse de que sea satánico?

3.º El interés personal o de amor propio ofendido, o la exagerada opinión de sí propio, que ayudan a envanecerse, o de adhesiones que disgusta comprometer, o amistades que se tiene interés en no romper, etc., etc. Este motivo ha pesado poderosamente sobre los ánimos débiles y sobre

las mujeres, inclinadas a pensar, en ciertas materias, más con cabeza ajena que con la propia. Se les hacía muy duro el tener que recusar a un Ticio, por ejemplo, que era su Mentor, o a un Cayo a quien consideraban un oráculo de sabiduría; y livianos cerebros no han caído en la cuenta de que, en las cosas de religión, es infinitamente mejor pensar con la cabeza del Papa, que con la de un Ticio cualquiera, o de un Cayo, quienquiera que fuere, aun cuando se les tenga por pozos de alquitarada ciencia.

4.º El mal ejemplo de hombres que, por sus condiciones, estaban obligados a darle bueno y excelentísimo. Quien se da cuenta del modo cómo el liberalismo es, por una parte, el más servil y, por la otra, el más despótico de los sistemas, no tendrá dificultad ninguna de comprender la extrema ligereza con que muchos se han empeñado contra la definición de la infalibilidad, para no apartarse de la acostumbrada "opinión pública", capitaneada por los habituales portaestandartes, que la moldean.

La consideración de estos motivos que, con varios grados y distintas medidas, han inducido a la masa de los católicos "liberales" a combatir tanto y tanto contra la proclamación del dogma de la infalibilidad en el Concilio, tendrá, sí, como resultado que se pueda juzgar sin imprudencia sobre la índole de intenciones que animaban a los opositores.

IX

Dejemos ya las malas causas que han suscitado la agitación, ahora tan deplorada por aquellos mismos que por ellas se han movido. Los católicos puros, más en verdad que los "liberales", deploran los daños causados por aquélla y deploran más que nada las ofensas gravísimas que se han inferido a Dios en los pasados meses de conmoción; pero al mismo tiempo que se duelen del mal, bendicen también la Providencia del mismo Dios, que de modo tan admirable ha sabido hacer que todo este mal redundara en el bien de la Iglesia y en victoria de la verdad. Ya que, de no haber existido la violenta oposición de tantos contradictores, que han hecho necesaria la definición que tildaban de inoportuna, tal vez los deseos de la catolicidad no se habrían visto tan pronto y tan enteramente colmados como van a serlo en seguida. Por donde, en este aspecto, son los católicos deudores de viva gratitud hacia sus adversarios; y les corresponderán rogando al cielo que otorgue a éstos aquella docilidad de entendimiento hacia la definición del Concilio, sin la cual no hay salvación.

Ha parecido bien a los opositores del dogma de la infalibilidad comparar su definición con un convoy de ferrocarril, que a toda marcha corre hacia el abismo. La idea no carece de su poesía. Si no lo han de tomar a mal, también nosotros nos apropiaremos este símil y diremos que el convoy es obra del Espíritu Santo, pero la fuerza que impulsa la velocísima marcha se les debe en parte a ellos. Por esto el convoy, guiado por el Espíritu Santo, vuela gloriosamente hacia los abismos de la eterna misericordia compadecida del mundo y, para colmo de belleza, vuela hacia allí en alas del vapor liberalesco. ¿Quién sino Dios puede jugar de este modo *in orbe terrarum*?

ACONTECIMIENTOS POLITICOS EN VISPERAS DEL CONCILIO

Empezaba a transcurrir el cálido estío romano de 1867 y se acercaba la fecha conmemorativa del diociego aniversario del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo, solemnidad a la que Pío IX contaba dar esplendor inusitado. Sendas letras remitidas a los Obispos del universo cristiano les invitaban a asistir a las ceremonias que debían celebrarse; y así fué cómo por espacio de algunos días las polvorientas calles de la vieja Roma de los Papas, de ordinario quietas y aletargadas, se vieron animadas por un bullicio desacostumbrado, por los pintorescos atuendos y resonantes de los más dispares dialectos.

Y entonces fué cómo, aprovechando de tan feliz coyuntura, una alocución pronunciada en consistorio público, ante varios centenares de Obispos, notificó a la Iglesia y al mundo la resolución del Pontífice de convocar un Concilio ecuménico. Porque ya en principio el pensamiento del Papa había sido fijar su apertura en tal ocasión, pero los acontecimientos políticos lo habían hecho imposible. ¿Podría celebrarlo ahora, en los próximos años? En Roma y fuera de ella todo el mundo lo juzgaba imposible, y, sin embargo, en tanto sombrías nubes velaban el futuro de la Ciudad Eterna, la confianza de Pío IX parecía agrandarse. ¿Saldría victorioso?

I

ITALIA ESTA HECHA PERO NO TERMINADA

Desde hacía tiempo que se venía laborando por la unidad italiana, y tras una serie de acontecimientos el pequeño Piamonte había logrado, por las fechas que reseñamos, la casi total anexión de las diferentes soberanías que el Congreso de Viena de 1815 había reconocido.

Ahora bien, el establecimiento de la unidad italiana, bajo la monarquía del Piamonte, fué el resultado de un concurso de acciones diversas combinándose bajo la dirección del gran jefe de las sociedades secretas, Palmerston. Como dice un autor, los principales actores de este drama fueron Palmerston, Mazzini, Cavour y Napoleón III. Mazzini, propugnador de la Joven Italia, de la Italia republicana y democrática; Cavour, heredero del pensamiento de los carbonarios aristócratas de la Alta-Venta, que deseaban la unidad bajo la Casa de Saboya; en fin, Napoleón III, imbuido desde un principio por ideas revolucionarias y sansimonianas, de las que se había nutrido en su juventud, dominado por igual en sus odios contra Austria y sus juramentos de carbonario, dudando entre este pasado y la reunión de los intereses conservadores que le habían servido de peldaño para escalar el trono.

Éstos fueron los protagonistas de la breve historia que vamos a referir; y como sea que Mazzini, tras su fracaso de la revolución de 1848, debió plegarse bajo la égida de Palmerston y aceptar la monarquía piamontesa, los verdaderos comparsas que quedan en escena son Cavour y Napoleón.

Cavour, ese "primer italiano" como le llamaron sus contemporáneos, fué la eminencia gris de la confabulación. Como dice uno de sus propios agentes, la revolución, a través de los comités, trabajaba los ánimos en las provincias, bajo la dirección del conde de Cavour, pidiendo al ministro la señal de acción y algunos hombres decididos para tentar el movimiento.

La historia de este movimiento es larga. Empezó casi inmediatamente a la rota de Novara, cuando el pequeño Piamonte, tras sufrir su derrota de manos de Austria, supo escapar a su influencia y acumular en la conciencia

nacional el espíritu de desquite. Este espíritu lo encarnó Camillo Benso y a fomentarlo destinó su vida. Para empezar puso su empeño en crear lo que se vino a llamar "la cuestión italiana", y a tal fin volcó todos sus recursos, uno de los cuales, y no el menor, lo encontró en los refugiados políticos italianos. Éstos fueron portavoz de Cavour en el extranjero y crearon, a través de la prensa internacional, un estado de opinión sobre la cuestión italiana, que ahora nacía. Era el primer paso.

A continuación precisaba hacer ascender el papel político del Piamonte e introducirle, de una manera u otra, en el concierto de los intereses europeos. La guerra de Crimea le dió esa oportunidad tan buscada, y el Piamonte, sentado en la mesa de la conferencia, pudo hacer oír a las potencias sus aspiraciones. Después del Congreso de París de 1856 había logrado que la diplomacia oficial reconociera la existencia de "una Italia".

Ya existía un estado de opinión en el extranjero, pero importaba crearlo también dentro de las soberanías italianas. Y aquí Cavour emplea en el juego toda la fuerza que le proporciona su ascendiente sobre las logias italianas; de estas relaciones surge, en 1857, la Sociedad Nacional Italiana, encargada de fomentar la rebeldía contra las legítimas soberanías italianas y preparar los ánimos a una futura incorporación al Piamonte.

Así las cosas, aparece en escena Napoleón III y sus compromisos de carbonario le llevan a los campos de Magenta y Solferino y a la paz de Villafranca. Estamos ya en 1859, y lo que desde ahora se irá sucediendo es obra de la labor masónica que realizó la unidad. ¿Está en lo cierto la opinión pública de hoy, cuando lee las historias que andan impresas, sobre la veracidad de los procederes que llevaron a término la unidad? Para responder, nos referiremos a algunos datos tomados de Carletti, agente del propio Cavour, y que arroja gran luz sobre la realidad.

Ante todo la dirección del movimiento la dirige personalmente Cavour. La paz de Villafranca le ha defraudado, pues sólo conseguía la Lombardía; los ducados de Toscana, Parma y Módena, así como las Legaciones, presa que ya juzgaba suya, se le escapaban de las manos, para revertir a sus legítimos príncipes, que la revolución había destronado. Mas no desespera Cavour; sabía que contaba con los jefes militares ganados a la revolución; sabía la farsa electoral que se preparaba, los votos falseados de antemano, para las elecciones de los parlamentos locales y luego para el voto de anexión; sabía las manifestaciones organizadas en sentido piamontés; sabía, en fin, que se pondría en vigor una ley electoral de 1848, que ponía el voto en manos de la burguesía, es decir, del sector más trabajado por las organizaciones societarias y los agentes piamonteses. Por todo ello podía sentirse satisfecho, y las anexiones debían sucederse "espontáneamente", con gran desprecio, empero, para las cláusulas del tratado de Zurich.

Mientras estas cosas sucedían, otras se andaban gestando. Ante todo organizar la revolución en los territorios romanos y fomentar las desertiones del naciente ejército pontificio. Todo ello se realizaba ya en vistas de una próxima invasión de las Marcas y Umbría, Legaciones que todavía se mantenían en manos del Papa.

Pero, ínterin, un acontecimiento espectacular tuvo lugar: la partida de Garibaldi para Sicilia. Esta osadía motivó una protesta de las Tullerías cerca del Piamonte, quien negó toda participación en el asunto, afirmando que Garibaldi se había adueñado de los navíos por la fuerza y en contra de la voluntad real. ¿Era cierto? La respuesta

la da el acto de venta de dichos buques, a cuyo pie firmaban los representantes de Garibaldi y del rey sardo, lo que no fué obstáculo para los diarios piemonteses que publicaron una carta de Garibaldi dirigida al rey y que terminaba con estas palabras: "Señor, no os desobedeceré más". Dueño de Sicilia, por la traición y la ayuda de Inglaterra, ya no quedaba al tambaleante trono de Francisco II, de Nápoles, grandes esperanzas de vida. Y por su parte la naciente revolución napolitana ganaba la partida, no ya por las armas garibaldinas, recién desembarcadas, sino por el dinero piemontés, en manos de carbonarios y masones. Pero esa revolución alarmó al mismo Piemonte, quien creyó por un momento que un recrudecimiento de las ideas republicanas de Mazzini comprometiera la labor que se venía realizando.

Era preciso ganar tiempo y llegar cuanto antes a tierras napolitanas. Pero se ofrecía un obstáculo: las Marcas y Umbría separaban el Piemonte del sur de Italia. Debía obrarse de prisa y no era tiempo de esperar que la revolución, surgida en aquellas Legaciones, abriera las puertas al ejército piemontés, tal como había sucedido en las Romañas. Había que arrojar la máscara y decidirse a la ocupación del territorio pontificio, dejando de lado las prevenciones, hasta entonces guardadas, para satisfacer a Napoleón III, deseoso de no exasperar violentamente la opinión pública. Así se hizo, y también en este lance el gabinete piemontés obraba con la seguridad de que Francia continuaría respaldándole con el principio de la no intervención. En efecto, por aquellas fechas Napoleón se encontraba en Chambéry, y allí recibía las felicitaciones de los nuevos súbditos saboyanos, que el Tratado de Turín le acababa de deparar, en compensación de las Romañas; y a su vez recibía una delegación piemontesa cuyo objeto no era otro que el de preparar esta delicada misión, es decir, obtener seguridades del emperador en vistas a su no intervención. Estas seguridades les fueron concedidas; es más, por lo que dejaron traslucir los diarios de entonces, Napoleón vino a decir, en substancia, a los enviados piemonteses: "Id y apresuraos; ¿a qué esperáis?"

La suerte de las Legaciones romanas estaba decidida. Y el reconocimiento del Reino de Italia, por parte de Francia, efectuado poco después, fué como la sanción, el pacto, por el que este país reconocía todo lo hecho hasta aquel entonces por el gobierno sardo.

Los hechos que hemos venido refiriendo nos muestran, pues, que aquel futuro Estado, cuyos cimientos se pusieron en Plombières, no surgía tan espontáneo ni coherente como lo querían hacer ver los fautores de la unidad italiana, pues que, como dice Carletti, el Piemonte era aceptado con repugnancia y como una transición por la Lombardía; se imponía por la maniobra y la sorpresa en Parma, Módena e Italia central; y se mantenía a duras penas y a costa de sangre en el Reino de Nápoles, que algunos hombres acababan de venderle.

Y cuando todo esto sucedía, aun se gritaba en el parlamento piemontés: "Queremos Roma, queremos ir a Roma de acuerdo con Francia". Sin embargo, por entonces, un acontecimiento diplomático apartaría, momentáneamente, las miras ambiciosas del Piemonte sobre la Ciudad Eterna, para dirigirlas a su inmediato objetivo: Venecia. Por un convenio, de 15 de septiembre de 1864, del que luego hablaremos, Italia se hacía garante de la seguridad de Roma. Este compromiso, contraído con Francia, dejaba a salvo la integridad del patrimonio de San Pedro.

Era el 1866, y por entonces Prusia, ese Piemonte del Norte, como se le ha llamado, quiso deshacerse de la tutela de Austria y, apartándola de la Confederación Germánica, realizar en su provecho la unidad de la nación alemana. La identidad de enemigo aproximó a los dos países, que en abril de 1866 firman un tratado de alianza, y poco después, declarando la guerra a Austria, pasan a la ofensiva

en Bohemia y norte de Italia. Los italianos son derrotados, pero los prusianos vencen en Sadowa, y Austria, solicitando la mediación francesa, se ve obligada a pedir la paz. Por una de las cláusulas de los convenios preliminares, Austria cede Venecia al emperador francés, el cual declara debe ser anexionada a Italia, cosa que se llevó a cabo tras referéndum. Una diputación llevó el resultado a Víctor Manuel, quien, al recibirla, dijo: "Hoy desaparece para siempre de la península toda traza de dominación extranjera. Italia está hecha, pero no terminada".

Y cuando estas palabras terminaban de ser pronunciadas, también tocaba a su fin el plazo de evacuación de Roma por los franceses, en virtud de lo estipulado en la misma Convención de 15 de septiembre de 1864, a que antes nos hemos referido. En consecuencia, el territorio pontificio quedaba bajo la salvaguardia de Italia, es decir, de su más ávido pretendiente, y de su rey, que acababa de pronunciar las amenazadoras palabras. Ante esto, nos preguntamos, ¿se cumplirán las cláusulas del Convenio?

II

NO HAY QUE HACERSE ILUSIONES, LA REVOLUCIÓN VENDRÁ AQUÍ

Al llegar al año 1866 sólo el pequeño territorio del Lacio quedaba, prácticamente, en manos del Pontífice, y aquel estado que la solicitud de Carlomagno instaurara en el umbral de la Edad Media, y que el estado carolingio protegiera en sus orígenes, se encontraba ahora, al cabo de un milenio largo, nuevamente bajo la tutela de Francia, la que, desde la revolución de 1848, veía ondear su enseña desde lo alto de la torre de Sant'Angelo.

Ahora bien, el 11 de diciembre de 1866 esta enseña desaparecía del cielo romano en cumplimiento de lo estipulado en la Convención del 64. Francia se retiraba y, en contrapartida, Italia y su rey se comprometían en respetar y hacer respetar la integridad del territorio papal y defenderle por las armas contra todo ataque.

El 6 de diciembre el comandante francés se despidió del Papa, dándole seguridades de que, pese a su retirada, el apoyo moral de Francia continuaría protegiendo la Ciudad Eterna. Pero el Pontífice experimentaba serias dudas. "Ya lo he repetido a vuestros compañeros de armas — le respondió —, no hay que hacerse ilusiones: la revolución vendrá aquí, ella misma lo ha dicho, lo ha proclamado, ya habéis comprendido. De boca de un príncipe han salido estas palabras. Italia está hecha, pero no terminada."

Vamos ahora a ver cómo los acontecimientos se desarrollan y cómo los temores del Papa eran reales. Apenas retiradas las tropas francesas, que intentos garibaldinos forcejean sobre las fronteras romanas y que elementos extranjeros, penetrando en Roma, fomentaban sediciones, preparando un alzamiento.

Un documento del *Libro Verde*, publicado por la diplomacia sarda, nos da la clave para comprender todo lo que va a suceder, mostrándonos la duplicidad del juego napoleónico. La Convención del 64 obligaba a Italia a garantizar Roma, pero he aquí una carta del ministro sardo Nigra, fechada en Biarritz el 25 de enero de 1866, que nos descubre el velo que encubre tanto misterio. "El Emperador — escribe — me ha dicho que la cuestión de lo que se ha de hacer ante la eventualidad de un alzamiento republicano en Roma no puede resolverse *a priori*, independientemente de las circunstancias que lo habrán provocado; y que la conducta de ambos gobiernos (francés y sardo) se ordenará, en parte, por las circunstancias y por la impresión que producirán en la opinión pública." La farsa, pues, proseguía, al igual que ocurrió con las Romañas, al igual que en Umbría.

Pero veamos los acontecimientos. Era preciso, según los

cálculos de la diplomacia, esperar una sublevación romana. Pero en Italia existía un partido de acción que no admitía esperas, y ante el cual el gobierno se encontraba en postura difícil. La actitud de éste era la de seguir una política de absorción lenta que llevaría, primero, a conceder a los romanos iguales privilegios que a los demás italianos; luego, se alzarían las barreras aduaneras. Es más, en boca de los diplomáticos italianos el patrimonio de San Pedro ya no se llamaba Estado, sino tan sólo enclave pontificio. Así preparadas las cosas, la asimilación sería fácil, satisfaciendo por igual las "aspiraciones nacionales". Pero el partido de acción no convino con esto. Contaba con Garibaldi; y el 28 de septiembre las primeras bandas cruzan la frontera, ante la actitud pasiva de la guardia italiana. Todo dependía, pues, de Francia, y la opinión católica de este país empujaba al emperador hacia la intervención.

Hacia septiembre Napoleón se trasladó a Biarritz; allí le aguardaba el enojoso asunto de Italia y sus negociadores. Éstos abordaron al monarca haciéndole presente sus buenas intenciones para con el Convenio del 64 y afirmando que su gobierno hacía lo posible para que se cumplieran sus estipulaciones; pero resultaba que la corriente nacional era tan impetuosa que no había medios de detenerla, y, por lo tanto, una sublevación en los territorios pontificios era de esperar. Y si ello ocurría y esta revolución era republicana y atentaba al principio monárquico, ¿cómo se podría reprimir si no era haciendo posible la entrada de las tropas italianas en el territorio pontificio para mantener el orden y asegurarlo?

Ante dichas proposiciones, Napoleón fingió rechazarlas, y despidió a los enviados piemonteses sin satisfacerlos, cuando menos en apariencia. Es más, ante la opinión de sus nacionales Napoleón dió a entender que se había decidido, ante los hechos que venían realizándose, por la intervención. ¿Era sincera esta determinación?

Mientras tanto, las infiltraciones garibaldinas no cesaban, y el apoyo que recibían de Italia era cada vez más descarado. ¿Desafiaba Italia la voluntad de su protector? Así se desarrollaban los acontecimientos y ya en Roma se hablaba de la próxima partida del Pontífice, cuando, el 17 de octubre, se recibió un telegrama de París que decía: "Que el gobierno pontificio continúe defendiéndose enérgicamente, que la asistencia de Francia no le faltará". El embajador francés cerca de la Santa Sede se apresuró a comunicar la nueva al Pontífice, y a su regreso a la Embajada la noticia de la ayuda francesa corría por las calles de Roma.

Ante este evento la actividad del gobierno de Florencia redobló y sus gestiones parece tuvieron éxito, pues que la orden de embarque del cuerpo expedicionario francés fué suspendida. Mientras tanto las bandas garibaldinas insistían en sus intentos, mientras que tras las murallas de Roma los atentados terroristas se iban sucediendo. La ansiedad aumentaba en la ciudad. Ya habían pasado los luminosos días de junio, quedaban atrás las ceremonias solemnes, las canonizaciones, que durante aquel año se celebraron con ocasión del dieciocho aniversario de los apóstoles Pedro y Pablo; en fin, hacía días, desde que el Papa había anunciado solemnemente a los Obispos y pueblo del mundo la celebración próxima del Concilio. Ahora todo parecía perderse definitivamente. La ciudad, abandonada por aquella multitud de extranjeros que habían acudido a la invitación del Pontífice, volvía a replegarse en su habitual recogimiento, ahora turbado por la sedición esporádica y por la gravedad de los acontecimientos. Todo parecía conjurarse para que el deseo del Papa no pudiera verse realizado, pues Garibaldi continuaba acercándose a la ciudad, frenado, es verdad, por el entusiasmo de aquellos zuavos pontificios, que desde los días de Castelfidardo

habían demostrado su abnegación, pero que su reducido número y la duración de la campaña iban extenuando cada vez más. Así fué posible que el 26 de octubre se perdiera Monte-Rotondo. El temor penetraba en la ciudad y ya los alrededores de la Embajada francesa en Roma estaban repletos de personas que se apresuraban a buscar su protección. Sin embargo, el día 27 se recibieron buenas noticias en la Curia romana: por fin Napoleón, presionado por la opinión católica de su país, no pudo demorar más el envío de sus tropas y había ordenado a la flota dirigirse rumbo a Italia. Eso levantó los ánimos. Pero el momento era grave, pues ¿quién llegaría primero: los garibaldinos o los franceses? El 29 los garibaldinos llegaron a Teverone, cuatro kilómetros de Roma, y al día siguiente a un kilómetro, pero encontraron los pasos bien guardados y el puente Salario cortado. Retrocedieron y decidieron esperar algún tiempo. Esto fué la salvación de la ciudad, pues aquel mismo día las vanguardias francesas entraban en Roma. Al poco la derrota completa dispersaba a los garibaldinos en Mentana y la ciudad del Tíber pudo respirar tranquila, pues el peligro esta vez había sido conjurado.

Pero esta actitud del monarca francés, enviando su escuadra a Roma, ¿había sido sincera? Ya hemos dicho antes que Napoleón despidió a los delegados sardos con una negativa. Pero ¿cuál era el alcance de la misma? La respuesta la tenemos en ese retardo intencionado en hacer partir la flota de Tolón, donde estuvo retenida por espacio de ocho días. Y si el acontecimiento de Mentana pudo suceder, fué porque los piemonteses perdieron su tiempo, tiempo que se les había concedido. Porque es más, cuando el general piemontés La Marmora fué a París para quejarse de lo sucedido y se entrevistó con el emperador, éste le increpó personalmente reprochándole su tardanza. "Os he dado ocho días — le dijo Napoleón —; ¿por qué no los habéis aprovechado?"

Pero en la voluntad divina estaba previsto este fracaso del Piemonte, de manera que, pese a tantas combinaciones diabólicas, pudo el Papa encontrar un momento de paz en sus estados, paz tan necesaria para poder llevar a cabo su deseo de celebrar un Concilio ecuménico que debía declarar la infalibilidad pontificia.

Tal fué el acontecer político que rodeó los días del Concilio. Éste se celebró el 8 de diciembre de 1869, y terminó el 18 de julio de 1870. Un mes más tarde, el 19 de agosto, tenía lugar la batalla de Sedan, donde el Imperio francés se hundía, y a las ocho semanas el general Cadorna entraba en Roma, dando término a la soberanía temporal del Pontífice. Estas fechas demuestran lo providencial que fué la celebración de este Concilio, pues que los humanos apetitos se empeñaban en hacerlo imposible.

Francia, la principal responsable de tales hechos, sufrió las consecuencias de las imprudencias políticas de Napoleón y sus compromisos carbonarios, y su supeditación a lord Palmerston forjó su ruina. A instancias del ministro inglés dejó desarrollar los acontecimientos de 1866 que culminaron en Sadowa y prepararon la unidad alemana. Pero muerto Palmerston, ni Bismarck ni Mazzini pudieron ser contenidos por Napoleón. Inglaterra, a cuya cabeza estaba Gladstone, podía haber salvado a Francia, pero no lo hizo. Así fué cómo llegó lo de Sedan. En vano intentó Napoleón arrastrar a Italia a su favor, aun sacrificando al Papa, pero no lo consiguió. En julio de 1870 fué retirada de Roma la última brigada francesa y con ello la libertad de la ciudad había terminado, ya que en agosto Florencia recibía autorización de hacer lo que quisiera en Italia, y en septiembre el general Cadorna, como hemos dicho, entraba en Roma, en tanto que Francia se hundía en la derrota y pagaba su duplicidad con los dramas de la *Commune*.

LUIS M. FIGUERAS FONTANALS

MUSICA SAGRADA MODERNA

GLOSA A ALGUNAS IDEAS DEL «MOTU PROPRIO» DEL BEATO PAPA PIO X

El gregoriano como núcleo de la música litúrgica.—¿En qué consiste pues, la novedad lícita en esta música?—¿Pueden aceptarse los medios expresivos modernos? ¿Y cómo?

Cuál es el elemento básico de la música al servicio del culto divino, según el gran músico español P. Antonio Massana, S. J., una de nuestras más legítimas glorias.

* * *

«Por eso hago hincapié en lo profundo de la estética de Pío X, cuando, al trazar normas para la música litúrgica, las dió al mismo tiempo para toda la música verdaderamente artística.»

* * *

«Música al servicio del texto, no debe ser escuchada sino simplemente oída»... «Su misión es ocupar el sentido del oído evitando distracciones exteriores»...



Los cincuenta años del *Motu Proprio* que se cumplieron en 1953, son prueba evidente de aquel principio que en dicho documento pontificio se inserta, a saber: que la Iglesia no se opone al avance de las artes y sólo reclama de ellas, para introducirlas en su servicio, la debida bondad y el debido respeto. En las obras que luego señalaremos, aparecen las señales del puro y auténtico arte, ataviado con las más recientes adquisiciones de la ciencia de los sonidos. Más aún, han sido los mismos compositores profanos quienes, en busca de sana renovación, han ido a beber en las corrientes del gregoriano y de la polifonía clásica: tan lejos está la Iglesia de coartar la libertad artística, que más bien la estimula y dirige; pero esos homenajes del talento artístico al Autor de la Belleza, esas solemnidades litúrgicas que se realizan en nuestros templos, están sujetas a un protocolo y deben conformarse a las normas de un ceremonial. Esto se exige en todos los medios mundanos, y con mucha más razón lo exige Dios en su casa. Por consiguiente, cuando una obra de arte quiere penetrar en el recinto sagrado, no le queda más remedio que vestirse de etiqueta y sujetarse escrupulosamente a las normas establecidas. Dios se humanizó, se dejó matar y, escondido dentro de nosotros, se deja ofender y espera paciente nuestra conversión, se amolda a nuestra miseria; pero cuando se trata de una solemnidad pública y de una plegaria oficial, exige un *minimum* de reverencia y dignidad exterior; y la Iglesia, en su nombre, ha dictado el proceso de detalles y minucias con que debemos acercarnos al Creador. En el fuero interno domina la ley de la caridad; pero en el externo se conservan todavía restos del temor respetuoso del Antiguo Testamento: hay reverencias, postraciones, incienso, canto y clamor de instrumentos; y todo ello reglamentado por la autoridad eclesiástica. Cada uno en particular puede ser impulsado hacia el Infinito, por diferentes emociones estéticas, según su índole personal. Individualmente podemos servirnos de todo medio honesto para unirnos con Dios; pero colectivamente, es preciso seguir las normas establecidas por quien puede hacerlo. El que confundió las lenguas en Babel, las entiende todas, y en ellas acepta la plegaria de cualquiera; pero la lengua litúrgica es para nosotros el latín. Por semejante manera le podemos cantar a Dios toda música que nos eleve y a Él nos conduzca, pero en el templo debemos cantarle lo que Él pide. Él nos dió el talento y la voz; Él ha pagado los gastos, y tiene derecho a que no se altere el programa del concierto litúrgico, confeccionado en su nombre, por la Iglesia jerárquica. La ley del gusto o de la moda no tiene aquí lugar, y precisamente el obsequio

racional de nuestra fe consiste en sujetar nuestro gusto y criterio al de la Iglesia, entrando, no por las ventanas de nuestros sentidos, sino por la puerta, que es Cristo, el cual nos habla por medio del Sumo Pontífice, su Vicario. ¿Y qué nos dice ese Pontífice beato y pronto santo, Pío X? *Una música será tanto más litúrgica cuanto más participe del aire y espíritu gregoriano. La fórmula es fácil de retener; pero difícil de comprender y practicar. Requiere penetrar a fondo el canto gregoriano, y dominar, al mismo tiempo, la vasta producción musical moderna. Sólo así podrá uno enfrentar los dos campos, e injertar en el litúrgico todo lo que del otro en él pueda arraigar.*

La moderna composición musical Límites en el desarrollo de la música pura

Procuraremos ahora, aunque sea a grandes trazos, analizar la moderna producción musical. Difícil es ponderar sus valores y definir sus tendencias: vivimos un momento de exacerbación evolutiva, en que, por una parte, se tiende a la música objetiva, puro juego de sonidos; y por otra, se sacan las últimas consecuencias del drama lírico, en las óperas, oratorios y poemas sinfónicos, que ahora se escriben; es decir, se vuelve a la unión substancial de la música con la poesía. Esta duplicidad de tendencias me sugiere una comparación: la música se me representa como un hijo pródigo, que abandonó la casa paterna del sumo arte. El afán de emancipación, que sintió la música desde su juventud, me recuerda la parábola bíblica. Al principio, canto y poesía eran inseparables hermanos gemelos, nacidos de una misma acentuación y sublimación del lenguaje ordinario. Pronto la música se dió cuenta de su propio encanto y, sacudiendo el yugo paterno, separóse de su hermana la palabra y se lanzó por los mundos del puro sonido. Primero fueron danzas, luego *suites*, y sonatas y sinfonías. Tiene razón Wagner cuando dice que la *Novena* de Beethoven cierra el ciclo de la música pura. Las elevadas ojivas de la construcción musical no podían prolongarse más, los ciclópeos desarrollos orquestales necesitaban apoyarse en otros pilares, si no queríamos que se derrumbase todo el edificio sonoro. El genio de Bayreuth encontró esos pilares en la idea poética del drama, y el hijo pródigo volvió, por fin, a la casa paterna, porque, después de un sublime derroche musical, no podía ya seguir viviendo por sí solo. Schubert, Schumann, Mendelssohn y Brahms escurrion lo que quedaba de la substancia beethoveniana. Bruckner y Mahler nos ofrecen reflejos wagnerianos en sus nueve sinfonías cada uno; y en la única que tiene César Frank, nos dijo tal vez el último adiós del sinfonismo, el cual, con Mahler, ya nos hablaba de la futura orquesta de R. Strauss, quien fusionó la técnica wagneriana con la

forma sinfónica, elevando al *súmmum* el poema sinfónico, iniciado por Berlioz. En resumen, vemos ahora a la música buscar siempre el apoyo de la idea poética. Se habla de música pura, pero se hace música pictórica y decorativa. Aparecen vertiginosamente tendencias y más tendencias, cuya característica es buscar la originalidad a toda costa. Por una parte se anula anárquicamente toda tradición tonal, y, por otra, se da culto supersticioso al formalismo constructivo y a la ley del contrapunto, sea cualquiera la calidad del material con que se construya. Pero bajo esta apariencia de caos y desorden late una gran lógica, la lógica de la reacción; ahora bien, por anárquico que sea su lema, en realidad sigue la tradición aun sin querer.

Debussy, afirmando que sacudía el yugo wagneriano, no hacía sino sacar las últimas consecuencias de la estética de Wagner, agudizando el expresivismo dramático, reduciendo la melodía a un simple recitativo y dando un paso más en el lenguaje armónico, al dejar sin resolver las novenas y apoyaturas que Wagner resolvía: esto no es sacudir el yugo, sino perfeccionarlo. ¿Y cómo ha sido posible a muchos compositores modernos realizar sus audacias orquestales y al público escucharlas, sino después de habernos acostumbrado a asociar las sonoridades orquestales wagnerianas con las diversas situaciones dramáticas de la escena? Ahora, ya, por la simple asociación de ideas descubrimos inmediatamente la secreta relación de la música con las diversas disposiciones de ánimo. Todo eso es tradición, aunque nos esforcemos en llamarlo revolucionario. Conste, pues, que lo que hay de verdaderamente artístico en el moderno movimiento musical, se apoya en el pasado glorioso del historial artístico. No son las teorías *a priori* las que hacen avanzar el arte, sino el artista; y el artista lo es porque ha saboreado las obras de sus antepasados y se siente llamado a continuarlas.

Los autores de ahora parecen preferir el camino de los hallazgos descriptivos y evocadores, más que el de la profunda emoción. Ésta, incluso por algunos, es despreciada y se ha formulado el principio de que hay que deshumanizar el arte; pero la música precisamente es el arte más específicamente humano. Las artes plásticas tal vez puedan deshumanizarse; la poesía, en lo que tiene de puramente espiritual, puede inmaterializarse y sobrehumanizarse; pero la música que deje de ser humana, creo que dejará de ser música. Tal vez hayamos llegado a un momento de la historia en que tendremos que inventar una nueva palabra para definir el arte de los sonidos, puro juego acústico sin emoción alguna. En todo caso, ese nuevo arte no puede participar en la liturgia, que consiste en un drama muy humano a la vez que divino. En él, la música no sólo no debe deshumanizarse, sino que debe ser lo más divinamente humana posible.

Dejando, pues, aparte la tendencia cerebralista y materialista, se nos presenta la música de hoy aptísima para incorporarse al accesorio litúrgico. Ha adquirido una gran flexibilidad y riqueza de medios. Vuelto a casa el hijo pródigo, al contrario de lo que sucede en la parábola evangélica, el hermano mayor (el texto literario) no solamente no se indigna, sino que tiende la mano a la música y la conduce a nuevos e insospechados descubrimientos. Ejemplo los oratorios y cantatas de Honneger, Strawinsky y Poulenc y las óperas de Hindemith y Bela Bartok.

Modernos medios expresivos al servicio de la liturgia

Además, la vuelta de los compositores a los modos antiguos ha preparado ya el material sonoro, el cual, como nuevo catecúmeno, está aguardando su bautismo en las corrientes gregorianas. Cuando éste tenga lugar, el arte litúrgico musical habrá renovado sus formas de expresión, que es lo único que puede renovarse, porque el fondo y el

contenido son inmutables como el dogma. En el arte, como en la filosofía, la verdad siempre es la verdad y lo bello siempre es bello; sólo pasa de moda lo que no es verdaderamente bello. Solamente en este sentido es cierto que el artista debe reflejar el ambiente que le rodea; es decir, expresarse en un lenguaje actual y vivo; pero en cuanto a lo que dice, debe ser el artista quien influya en el medio ambiente, enseñándole lo eternamente bello, o sea, lo deleitosamente verdadero.

La misión del artista es una misión apostólica y mucho más la del artista litúrgico. Podemos aceptar de lo moderno la exuberancia y suntuosidad de formas, pero jamás el fondo de angustia desesperada o de frío materialismo, ni la vanidad vacía de lo nuevo por lo nuevo, ni mucho menos el culto de lo feo. La historia nos muestra cómo la Iglesia ha ido asimilando los diversos hallazgos artísticos, cuando no ha sido ella la que los ha realizado, como sucedió con la polifonía vocal; pero siempre levantó la voz de alerta ante los abusos e incursiones del gusto profano. Ella lo abarca todo: la columna y firmamento de la Verdad; lo es también del arte. La maestra de la fe hace trascender esta fe a todas las manifestaciones estéticas. Al nacer la Polifonía en los ámbitos de las majestuosas catedrales, surgieron multitud de nuevos procedimientos, que, al ser puestos en práctica, daban ocasión a nuevas experiencias sonoras, de cuyos mismos errores se originaban nuevas bellezas. ¿Quién nos dice que el retardo y apoyatura en armonía no deben su aparición a verdaderos retrasos y errores involuntarios de las voces, de los cuales resultaban sonoridades inesperadas y atrayentes? Cuentan de Ricardo Strauss que, dirigiendo el ensayo de una de sus obras, se detuvo al escuchar un error de copia en los contrabajos, y desde luego prefirió aquella versión involuntaria del copista a su primera y propia redacción.

Así podríamos ir discurrendo de cómo la polifonía no es invención de hoy, sino que tuvo ya sus precursores en las grandes fiestas y solemnidades populares. Sin ir más lejos, en nuestras procesiones, ¡qué interesantes superposiciones de tonalidades no descubrimos a veces! Esta sabrosa mezcla de cantos eucarísticos, gozos y rosarios pueden recrear y ser aprobados por aquella misma Iglesia que prohibió la simultaneidad de textos literarios en los moteles litúrgicos. La pluralidad de textos puede entorpecer tal vez la simplicidad y eficacia de la plegaria; pero la multiplicidad de tonalidades puede proporcionarnos, aun más que la polifonía clásica, la sensación de la pluralidad de creyentes, haciéndonos vivir por momentos la catolicidad de la Iglesia.

Digamos lo mismo de la dureza de la escritura moderna, que se aviene mejor con la austeridad religiosa y que nos aleja más del sensualismo mundano. Tamizamos, pues, con fina y devota sensibilidad todo el haz de hallazgos y descubrimientos e incorporémoslos a nuestra liturgia. Rindamos pleitesía al Creador con todos los recursos que la humana criatura inventó; ofrezcámosle todas las primicias artísticas. Esta sola debe ser nuestra intención. El afán de novedad sería ridículo, porque a Dios, Verdad siempre antigua y siempre nueva, nada nuevo le podemos decir. El autor que buscarse la propia exhibición, cometería un acto de egolatría todavía más repugnante en el templo que en el concierto. Pero aun en éste la sana crítica ataca al autor que, más que el logro de la belleza, busca la exhibición de su individual habilidad: exactamente lo que decimos del intérprete, que debe olvidarse de su propio *yo* para hacer vivir la obra del autor. Aquí el *yo* es colectivo, la plegaria es común. El concierto, la música pura no tiene aquí lugar. Estamos en pleno drama musical; y así como en éste los artistas, bajo el disfraz, quedan como subordinados al personaje representado, y el director, escondido en el foso, ni siquiera puede lucir una mímica elegante y expresiva, de igual manera, y aun más, en el drama li-

túrgico, el celebrante y el coro, con sus ornamentos sagrados, guardan una actitud reverente, y todos los demás ejecutantes, escondidos a la vista de los fieles, ninguna ocasión tienen de vana exhibición. Ante esa tesitura general, sería enorme que el compositor se preocupara de llamar la atención con novedades puramente exteriores, que transportasen la imaginación de los oyentes al ambiente profano. Y es esto sumamente fácil, cuando el compositor no domina los dos campos: el religioso y el profano; solamente en tal caso podrá huir toda reminiscencia y purificar toda contaminación. Son tan misteriosas las sugerencias de la música, que basta un solo diseño, una simple modulación o un pequeño ritmo, para alejarnos de Dios.

Las innovaciones de la música litúrgica, ¿en qué consisten?

Más que en los elementos técnicos, que caben perfectamente todos en la música litúrgica, la novedad debe consistir en la disposición de los mismos, fundiéndolos en una síntesis viva con la vida del ritmo gregoriano. En cuanto a formas, tenemos una vena riquísima en los fondos musicales, tan en boga hoy; en ellos podemos encontrar la fuente de bellísimas innovaciones. ¿Por ventura los fondos musicales no vienen realizándose en los templos desde que existe el órgano? Substituyamos las improvisaciones insulsas o las obras de concierto por paráfrasis gregorianas: he aquí un campo inmenso de renovación. ¡Cuántas claudicaciones hallaremos, si hacemos examen de conciencia de esos cincuenta años de *Motu Proprio*! Mucha ignorancia más o menos crasa, muchísima debilidad y negligencia y hasta positiva desobediencia, con el pretexto de satisfacer el gusto de los fieles. A mí se me llegó a proponer que ejecutase en la iglesia, a puerta cerrada, dos o tres marchas nupciales, a fin de que la novia pudiese escoger la que más le agradase. Esto, que sucedió en un país lejano, se repite más o menos a veces en países más cercanos. Yo tuve la suerte de poderme escabullir del negocio; pero a veces no es tan fácil. Esa frase tan usada de: "tal música me da devoción", no hace sino demostrar cómo se confunde la emoción estética con la devoción. Yo no sé cómo reaccionaría un salvaje al entrar en un templo y escuchar el *Tristán*. Si estaba bien dotado musicalmente, tal vez se sentiría elevado a Dios, porque ninguna reminiscencia despertaría en él la admirable obra wagneriana, y, por otra parte, la sola belleza del timbre orquestal y vocal tiene fuerza suficiente para elevar y ennoblecer un alma. Pero para la generalidad de los civilizados, aquella música les recordaría miles de situaciones y afectos que nada tienen que ver con el amor de Dios. Pues bien, no en esta proporción exagerada, pero sí en menor escala, está sucediendo el caso innumerables veces. Comencemos por el elemento más material, el del timbre. Su poder es mágico. El timbre del órgano, con su gran riqueza, con su antigua tradición, por aquello de que el órgano es el instrumento del templo, ha adquirido una prerrogativa, que parece atenuar las tres cuartas partes de lo profano que pueda tener una música. En este sentido, puede suceder muy bien que a quien no profundice en el contenido musical, le produzca devoción una pieza profana ejecutada al órgano. Pero, ¿por qué cuando se interpreta una de esas obras célebres todo el mundo felicita al organista, y cuando se ha tocado un austero coral variado, o una paráfrasis gregoriana, nadie se acuerda de él, si no es para decirle que estuvo muy soso? Es que no se buscaba la devoción, sino la fruición musical, y para eso hay que ir al teatro o al concierto.

La entraña de la música propia del templo

En el templo se representa solamente el drama litúrgico, que sigue las leyes de todo drama musical. Todo debe

supeditarse a la acción dramática. La música, siempre al servicio del texto, no debe ser escuchada, sino simplemente oída. Ella es el vehículo que conduce hasta el fondo del alma todas las peripecias del drama.

Música que ayude a la oración y a participar en la liturgia

Sea, pues, oída, y no escuchada, la música litúrgica. Su misión es ocupar el sentido del oído evitando distracciones exteriores: juzgad lo contraproducente de la música que con sus reminiscencias suscita distracciones interiores mucho más nocivas. Gregorianicemos, pues, rítmica y modalmente, nuestras producciones litúrgicas, y entonces esa música que vivirá sólo del texto sagrado, lubricará las divinas enseñanzas y, por duras que sean, hará que penetren suavemente en nuestra alma. Aquellos ritmos binarios y terciarios, libre y deliciosamente alternados, nos darán la sensación de la santa libertad de los hijos de Dios, que nunca son más libres que cuando a Él se sujetan; así nosotros seremos tanto más originales en nuestra música, cuanto más la sujetemos al gregoriano. Aquella plurimodalidad nos hablará de los vastos espacios celestiales y nos aliviará del vulgar y sobado tono mayor y menor. Aquella ausencia de efectismos nos hará vivir la verdadera modestia y humildad.

El secreto

El secreto está en trasplantar esas riquezas de la antigua monodía al campo de la armonía, de la polifonía y, si queréis, al de la politonía. Hay que infundir la esencia de lo primitivo a un arte que, de tan moderno, está en los límites de la decrepitud. La música ha corrido tan rápidamente, ha sido tan vertiginoso su desarrollo, que casi constituye un caso clínico para los especialistas en estética.

Hace unos cincuenta años, precisamente cuando apareció el *Motu Proprio*, que a la música, ante los síntomas de rápida decadencia, se le vienen aplicando inyecciones de todas clases. Contra la exacerbación emocional del post-wagnerismo, se reaccionó con el impresionismo. La sensualidad de éste fué atacada por el expresionismo y surrealismo. Ahora volvemos a un clasicismo puramente exterior, pero el espíritu artístico va descendiendo irremisiblemente a un profundo materialismo. A falta de ideas nobles, se exalta la pseudonobleza del *yo* individual: ya sólo se piensa en hacer algo que nadie haya hecho: *el ideal es, no lo bello, sino lo nuevo*.

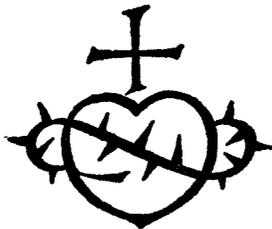
Pues bien, si dijo hace cincuenta años Pío X: volvamos a la melodía gregoriana, ahora los corifeos del auténtico arte musical dicen también: volvamos al lirismo. Cantad, cantad, decía un gran compositor contemporáneo, a los jóvenes que le pedían orientación. Aquí podríamos interpretar aquello de que quien canta su mal espanta, en el sentido de que el que tiene melodía no debe espantarse de las audacias de escritura, así como tampoco se asustará el público de ellas, siempre que domine la auténtica melodía. Y lo mismo podemos afirmar de la melodía gregoriana: ella nos purificará todos los elementos nuevos por atrevidos que nos parezcan. Ella será la piedra de toque para discernir los valores positivos. Precisamente lo crítico del momento actual es la anarquía, que pretende construir sobre la nada. Nunca los avances artísticos se realizaron sobre el vacío de la destrucción, sino apoyándose en lo firme y tradicional. Por eso hago yo hincapié en lo profundo de la estética de Pío X, cuando, al trazar normas para la música litúrgica, las dió al mismo tiempo para toda música verdaderamente artística.

Esgrimamos, pues, nuestras armas musicales, adiestrados con tales enseñanzas. El que sepa vestir a lo moderno

y reunir en maravilloso contrapunto melodías de ritmo libre y realizar una síntesis de los diversos modos gregorianos, podremos decir que ha levantado un nuevo edificio de polifonía litúrgica. El que acierte a profundizar las actuales tendencias, tomar de ellas lo bueno y auténtico, rechazar lo superfluo y equilibrar entre sí los nuevos procedimientos, embebiéndolo todo en las corrientes gregorianas, a ése podremos llamarlo el nuevo Palestrina.

A la altura técnica a que ha llegado la música, no debe espantarnos la supresión del compás, la promiscuación de los 8 tonos en la construcción de las obras; combinando el tradicional Fabordón, escrito a la moderna, con monodías discantus y las más complicadas polifonías, con tal de no perder de vista el lugar santo. Las dificultades de ejecución no deben importarnos en un arte que puede utilizar el órgano como apoyo de las voces.

ANTONIO MASSANA, S. J.



«Adveniat Regnum Tuum»

MAYO

Que los pueblos rusos se libren del terror ateo por medio de María Inmaculada Madre de Dios

El terror ateo.

Rusia es una nación de unos doscientos millones de habitantes. Siete u ocho millones, son católicos; la mayor parte de los restantes son ortodoxos.

Desde la rebelión bolchevique del año 1917 la fe cristiana en Rusia padece una feroz persecución. Porque el marxismo es esencialmente antirreligioso, ateo, materialista, y se esfuerza por destruir los fundamentos de la religión, borrar sus huellas y arrancar violentamente de las almas la noción de Dios.

En la Constitución soviética del año 1936 (art. 124) «se concede a todos los ciudadanos la libertad de practicar el culto religioso y la libertad de propaganda antirreligiosa». Prácticamente, en virtud de esta libertad de propaganda antirreligiosa, toda la educación escolar es atea y en ella se ataca a la religión con inaudita vehemencia, empleando para ello todos los medios modernos de divulgación, como son la prensa, el cinematógrafo, la radio. Y la Iglesia no puede contrarrestar esta desenfrenada propaganda, porque la única libertad religiosa que le conceden se reduce a las funciones religiosas dentro de los poquísimos templos que no están clausurados. Nadie, salvo los padres, pueden dar instrucción religiosa a los jóvenes antes de que éstos hayan cumplido los diecisiete años de su edad; está prohibida toda propaganda religiosa; un sólo periódico, editado por el patriarcado, existente en toda la inmensa Rusia; en los últimos diez años apenas se han publicado allí libros religiosos, quizás no pasen de siete. Esta durísima legislación impone a la Iglesia una horrible servidumbre. Además, los comunistas la someten a terribles violencias y vejaciones para acelerar su muerte. Sólo Dios sabe el número de obispos, sacerdotes, y fieles que durante estos treinta y cinco años han padecido por su fe en las cárceles y en los campos de concentración.

Que se libren por medio de la Inmaculada Madre de Dios

¿Hasta cuándo durará esta diabólica persecución? Dios lo sabe. Lo cierto es que a pesar de su larga duración y a pesar de la enseñanza totalmente atea y antirreligiosa, todavía viven en Rusia millones de almas que suspiran por Dios, se aferran fielmente a las tradiciones cristianas y son muy devotas de la Sma. Virgen, cuya imágenes veneran con acendrada piedad. Así lo afirma Pío XII en su carta apostólica a todos los pueblos de Rusia (7-VII-1952).

El feliz augurio de la conversión y del retorno de Rusia estriba en su filial devoción a María. Pío XII escribe: «Tenemos la certeza de que en todas partes donde con sinceri-

dad y efectiva piedad es amada la Santísima Virgen Madre de Dios, nunca puede faltar la esperanza de salvación...; cuando se interpone el patrocinio de María, no pueden prevalecer las puertas del infierno...; nunca se ha oído que los hombres que han recurrido a Ella, no hayan experimentado su poderosísima tutela. Proseguid, pues, como lo hacéis en ese amor e intensa piedad, e invocadla con la acostumbrada plegaria. Sólo a ti es dado, santísima y purísima Madre de Dios, ver que siempre eres escuchada.»

La Santísima Virgen María, como lo predijo en Fátima, quiere la conversión de Rusia, y para lograrla puso dos condiciones: que se difunda allí el culto a su Inmaculado Corazón, y que Rusia se consagre a él. Así vendrá la paz; sino, la Rusia comunista esparcirá sus errores por el mundo y provocará guerras y persecuciones.

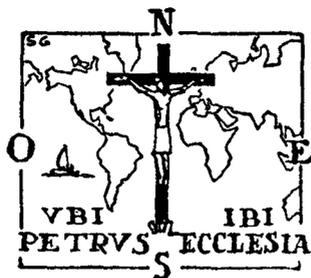
Lo que debemos hacer

No despreciemos ni odiamos a Rusia. Imitemos a Pío XII, quien a los pueblos rusos los trata de «amadísimos» y les desea todo género de bienes. Condena los errores, pero no condena ni rechaza a los extraviados, ni siquiera a los enemigos de Dios.

El acto de consagración de Rusia nos invita y exhorta a una nueva cruzada de oraciones y sacrificios por el completo retorno de Rusia a Dios y a su verdadera Iglesia. Aquel magnífico acto que brotó de la paternidad universal del Vicario de Cristo, debe despertar en nosotros el sentimiento de la estrecha fraternidad cristiana con los pueblos rusos. La conversión de Rusia es de suma importancia. Se trata de una nación cristiana, extensísima y noble, que desde hace treinta y cinco años padece cruel y astuta persecución en materia religiosa; una nación sufrida que tiene alma cristiana y muy propensa a la piedad; una nación que no necesita sino ser bien gobernada para dar magníficos frutos de salvación. ¡Cuántos misioneros daría Rusia católica! De la conversión de Rusia depende la paz y la libertad de todo el mundo, como lo ha demostrado la experiencia.

Mientras tanto, imploremos suplicantes que los afligidos pueblos de Rusia se fortalezcan y crezcan en la fe y en la vida cristiana, rechacen todas las falacias de los enemigos de la religión, resistan inmovibles hasta la muerte las acometidas de la impiedad y alcancen por fin la libertad religiosa.

Siguiendo el ejemplo de Pío XII, oremos también por la conversión de los mismos dirigentes del comunismo, por los enemigos de Dios, por los ateos militantes, para que la Madre de Dios los mire con ojos de misericordia, ilumine sus inteligencias y con la gracia divina los lleve a la salvación.



DE LA QUINCENA RELIGIOSA

El Mensaje de Pascua de Su Santidad.-Pío XII y el mundo mejor
Una opinión de fuera sobre la Semana Santa en España

EL MENSAJE DE PASCUA DE SU SANTIDAD

Todavía convaleciente de su pasada enfermedad, Su Santidad el Papa ha dirigido al mundo su mensaje, con ocasión de la Pascua de Resurrección. El mensaje, grabado en cinta magnetofónica, fué escuchado por una multitud de más de trescientos mil fieles, que se congregaban en la Plaza de San Pedro. Después, el Papa se asomó al balcón central de la basílica Vaticana e impartió la bendición «urbi et orbi».

El mensaje ha tenido amplia resonancia en la prensa de todos los países. Hace concreta referencia al problema de las armas atómicas, de la guerra biológica, cuyas espantosas y previsibles consecuencias atisba el mundo con creciente viveza desde las últimas explosiones de las bombas de ese género. El hombre debe meditar a qué se expone, preveer la sima de monstruosidad que se abriría a sus pies, tan pronto se decidiera a usar con fines destructores, lo que sólo puede ser querido por Dios, como instrumento de progreso y de bienestar auténticos al servicio de la verdadera paz: «...ante los ojos del mundo aterrorizado, ha dicho el Papa, existe la previsión de destrucciones gigantescas, de extensos territorios hechos inhabitables y no utilizables para el hombre, además de las consecuencias biológicas que pueden producirse, ya sea por cambios inducidos en los gérmenes y microorganismos, ya por el resultado incierto que un prolongado estímulo radioactivo pueda tener sobre los organismos mayores, comprendido el hombre, y sobre su descendencia.»

«¿Hasta cuándo los hombres han de querer sustraerse al saludable fulgor de la Resurrección, esperando en cambio seguridad de los resplandores mortíferos de los nuevos artefactos de guerra?» «¿Cuándo se darán cuenta los rectores de las naciones de que la paz no puede consistir en una exasperante y dispendiosa relación de terror mutuo, sino en la máxima cristiana de la caridad universal, y, en particular, en la justicia voluntariamente realizada, más bien que sonacada, y en la confianza más bien inspirada que dirigida?» Estas y las restantes preguntas que se hace el Papa, apuntan directamente a los hombres responsables de la situación mundial de hoy. De la sinceridad de los propósitos de aquéllos, que debe ponerse siempre al servicio de una indeclinada rectitud, pende el resultado. ¿Tendrán todos ellos en cuenta la gravísima advertencia del Papa?

PÍO XII Y EL MUNDO MEJOR

Con el título «Pío XII per un mondo migliore» el P. Lombardi acaba de publicar un libro en el que se muestra la inmensa labor del actual pontífice en pro de la renovación espiritual de nuestro mundo, en forma orgánica y sistematizada. De esta labor, tal como aparece en el libro del famoso apóstol y, que por sí sólo, es una magnífica contribución a la tarea a que tan intré-

pidamente se ha dado el P. Lombardi, dice un artículo del «Osservatore Romano»:

«Pío XII señala a la Iglesia el ritmo gallardo de un nuevo desarrollo acomodado a los tiempos. Exhorta al Sacro Colegio a convertirse en imagen viva de la Iglesia. Traza al Clero líneas precisas para su santificación de cara a la renovación del mundo, fija directivas para la formación de los candidatos al sacerdocio, explica el sentido del ministerio sacerdotal, ilustra su posición y su método de trabajo frente a la cuestión social. Con el Clero secular y los Religiosos, las Religiosas, especialmente las educadoras, las Superiores de Religiosas, la Acción Católica, y los dirigentes de Acción Católica, las Congregaciones Marianas; para todos Pío XII explana su pensamiento y a todos dirige su palabra, con el fin de que reciban la consigna y cooperen a la grande empresa.»

«Y, aparte lo dicho, todavía existen una serie de aspectos del trabajo y de los sectores del apostolado, sobre los cuales se proyecta la luz de la palabra del Papa: las clases cultas, la parroquia, el párroco y los parroquianos — discursos luminosos por la sabiduría pastoral y repletos de ardimiento —, (¿cómo no recordar, de manera especial, los dirigidos a la Parroquia romana de San Sabas, el 11 de enero de 1953, a la Parroquia de Marsciano, el 4 de junio de 1953, a los fieles de Tor de Quinto, el 27 de diciembre de 1953?), la enseñanza del catecismo, la cultura religiosa de los estudiantes, la oración del trabajo, el Rosario en Familia, la comunión como fuente de renovación humana, las facilidades para el ayuno eucarístico, la importancia de la Misa, el amor a los pobres, la salvación de los niños abandonados, la solución del problema material con el respeto a la primacía de los bienes espirituales, el empleo para los sintrabajo, el apostolado entre los obreros, la preparación de la juventud para la reconstrucción del mundo, la fidelidad de los jóvenes a la Iglesia, la vida santificada, el esfuerzo que debe llevar a cabo la Acción Católica para el renacimiento completo de Italia, la acción en el campo seglar, el justo equilibrio en la concepción y la actuación dentro de la nueva sociedad, la familia de Dios entre los diversos pueblos, la unidad de Europa, el derecho natural a la emigración, las relaciones entre la Iglesia y la política mundial, la intervención de María en la renovación universal, la invocación a Jesús para la paz del mundo...; se trata de un panorama inmenso de valores humanos y divinos, una imponente concentración de fuerzas del cielo y de la tierra, una alta y decisiva llamada que a todos alcanza, una acción clarificadora, directiva, arquitectónica, con la que el Papa ha puesto manos a la obra, con el espíritu henchido de energía espiritual, con un plan racionalizado, con ánimo vigoroso, a fin de que todos sigamos su ejemplo y nos empeñemos en el trabajo.»

Acaso, sumergidos en el vaivén de las complicaciones cotidianas y expuestos, a diario, al choque con la última noticia sen-

sacional de la política, de la guerra, del deporte — esa noticia a la que se acoge el hombre de hoy para sofocar tal vez la sensación de su íntimo vacío espiritual — nos pase un tanto inadvertido el entronque siempre constante de la palabra pontificia con la idea del mundo mejor. Una visión en perspectiva de la obra del Papa actual, a través de sus escritos y discursos, conviene, sin lugar para la duda, de esa realidad. He aquí el trabajo realizado por el Padre Lombardi en su último libro, cuya traducción al castellano no debería hacerse esperar. Porque la verdad es, como decía el articulista, que el llamamiento del Papa nos alcanza a todos. Y, en tal supuesto, tenemos que aceptar como don de lo alto, cuanto nos haga penetrar en la necesidad urgente de ser fieles al llamamiento.

UNA OPINIÓN DE FUERA SOBRE LA SEMANA SANTA EN ESPAÑA

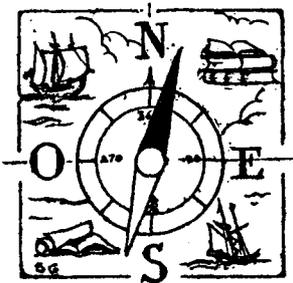
Un francés ha venido a España, atraído por el misterioso señuelo del tipismo español en la Semana Santa. El francés, que se llama Jacques Chevaray, y que ha escrito un artículo sobre ese particular en *Témoignage Chrétien*, ha ido, concretamente, a Sevilla. Sevilla no es toda la Semana Santa española, sin duda, pero sí es algo de cómo el pueblo español siente la Semana Santa. El francés, que no oculta la impresión de cosa nueva, nunca vista y difícilmente imaginable, que ha de causar a sus compatriotas, la Semana Santa sevillana, concluye así, sus razonamientos:

«Francia es el país de la medida, del pudor, de la contención, es preciso no olvidarlo. Y habida cuenta de todo ello, esta fe vibrante y tumultuosa de hoy tarde ¿no resulta admirable? Pues, estas procesiones dolorosas, interminables se emprenden con una finalidad penitencial. Para evitar el riesgo de la vanidad, la capucha envuelve a todo el mundo en el anonimato. Cada parroquia, cada cofradía organiza su procesión. La procesión sale de la iglesia, atraviesa las calles de la ciudad, llega a la catedral y vuelve. De ahí nace un promedio de diez procesiones diarias, por las calles de Sevilla, desde el lunes al sábado santos.»

«Los feligreses de las parroquias apartadas deben ponerse en marcha muy pronto. Algunos, salen al mediodía, y andan bajo el sol y sobre el polvo, con los pies descalzos, todo el día y no retornan a sus casas hasta la noche. Cada parroquia tiene un color propio para sus capuchas. Se ve a familias enteras participar en las procesiones, desde los abuelos hasta niños de 5 a 6 años.»

«El anonimato, la fatiga, el sufrimiento físico, esta ausencia absoluta de respetos humanos, ¿no incitan al respeto? Pasado el primer momento de estupor, se hace forzoso admitir que esta fe medieval tiene algo de primitivo y de grandioso. ¿Seríamos capaces nosotros de recorrer nuestra ciudad, con una cruz sobre la espalda?»

HIMMANU-HEL



DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Los «amigos internacionales» de Eisenhower y el temor a la bomba H. Malas impresiones de Washington - El «caso» Oppenheimer - Un despacho de la Reuter - Significado de la tercera guerra mundial. Unas declaraciones y un Mensaje

Del 7 al 12 de abril

LOS «AMIGOS INTERNACIONALES» DE EISENHOWER Y EL TEMOR A LA BOMBA H

«Mañana hará 37 años — ha dicho Eisenhower en un discurso radiado — que la nación entró en la primera guerra mundial. Entonces yo era teniente de la Infantería norteamericana en el Estado de Tejas. Mi regimiento estaba armado, como lo estaban los demás, con la misma clase de equipo, al menos. Ahora bien, sólo hace un año la bomba de hidrógeno ha estallado en el Pacífico. El mes último otra serie de estas explosiones se han llevado a cabo.»

Pero estas explosiones, lejos de tranquilizar los ánimos, acaban de sembrar la duda y el temor en gran número de familias de los Estados Unidos, gravemente preocupadas por el hecho de que la Unión Soviética — gracias al espionaje y a determinadas complicidades — posee también ya tan mortífero artefacto.

Eisenhower ha tratado de hacer suyo, en cierto modo, el desasosiego del pueblo norteamericano, inquieto también por el hecho de que el comunismo, en sus diversas facetas y contradicciones, se ha instalado dentro de la máquina administrativa del Estado, y ha afirmado:

«Estamos preocupados con respecto a los hombres del Kremlin; estamos preocupados por la pérdida de nuestros amigos internacionales en las zonas amenazadas del mundo, por su pérdida en las dictaduras comunistas, por la penetración comunista en nuestro país...»

«Ahora la bomba H y la era atómica no son una gran amenaza para nosotros. Sólo lo sería si un agresor en potencia que también tiene el secreto de la bomba H, determinara utilizarla contra nosotros...»

Las palabras que acabamos de transcribir del discurso de Eisenhower, no sabemos si tranquilizarán excesivamente a los norteamericanos. La alusión a la pérdida de «nuestros amigos internacionales» nos parece demasiado específica para que no pueda vislumbrarse su íntimo significado; en cambio, la referencia a la «penetración comunista en nuestro país», es excesivamente débil y muy poco convincente.

Pero, ¿por qué la «bomba H» y la «era atómica» no representan una amenaza real para Norteamérica?

El golpe de gracia a la fraseología de la Casa Blanca, lo ha dado una vez más el senador católico McCarthy.

«Si no había comunistas en nuestro Gobierno — ha dicho el senador — ¿por qué aplazamos nuestra investigación sobre la bomba de hidrógeno, a pesar de que nuestros servicios de espionaje informaban, día tras día, que los rusos estaban trabajando febrilmente en el desarrollo de dicha bomba?»

La réplica de Eisenhower ha sido de que «el presidente de la Comisión de Energía Atómica», no le había hablado jamás «de tal retraso, y que tampoco nunca supo que se hubiera producido».

¿A quién ampara la Casa Blanca?

Conviene tener presente que Eisenhower, al hacer la anterior declaración, expresó su confianza hacia Edward R. Morrow, comentarista del «Columbia Broadcasting System», considerándolo su amigo.

Y McCarthy había asegurado que Morrow «hace veinte años estuvo ocupado en hacer propaganda de las causas comunistas...»

MALAS IMPRESIONES DE WASHINGTON

La impresión que recogíamos al final de la anterior quincena, se va confirmando durante estos días.

Decíamos allí que «el hecho real es que Norteamérica está preparando febrilmente, en Asia y en Europa, la nueva estrategia que puede desembocar en una universal conflagración».

Una noticia de París nos indica la gravedad extrema que entraña la actitud del Departamento de Estado en la difícil coyuntura internacional. Dice así:

«El Gobierno francés ha estudiado esta noche una propuesta norteamericana pidiendo una declaración conjunta y solemne que advierta a la China comunista «que se conserve neutral, es decir, fuera de la contienda de Indochina, o que corre el riesgo de una guerra».

¿Cómo reaccionarán los gobernantes franceses?

La respuesta nos viene a última hora de Washington, desde donde se anuncia la inmediata salida hacia Londres y París del secretario de Estado norteamericano, Foster Dulles, con objeto de estimular a ambos países en la adopción de una política común que haga frente a una «nueva» agresión comunista en el sudeste asiático.

En Washington hay mucha prisa, excesiva prisa, tal vez, para frenar, precisamente ahora, la ofensiva roja en Indochina. Aun, al parecer, a costa de provocar una conflagración universal.

Del 13 al 18 de abril

EL «CASO» OPPENHEIMER

Un nuevo escándalo ha estallado en Norteamérica con la suspensión de Robert Oppenheimer.

«La Comisión de Energía Atómica — dicen desde Washington — ha suspendido en su cargo al hombre de ciencias norteamericano de la bomba atómica, Robert Oppenheimer, hasta que se aclaren por medio de una investigación, los fundamentos de ciertas acusaciones que se han formulado contra él, por razones de seguridad...»

«La carta por la que se destituye a Oppenheimer está firmada por el general K. D. Nichols, director general de la Comisión de la Energía Atómica».

Sobre el «caso» Oppenheimer se conocen los siguientes detalles:

Oppenheimer se negó a dimitir de su cargo de presidente del Comité consultivo de la Comisión de Energía Atómica, a pe-

sar de las severas críticas de que fué objeto, cuando se lo propuso el presidente de la Comisión, Lewis Strauss.

El hecho parece estar relacionado con la acusación que hizo McCarthy referente al aplazamiento de la investigación sobre la bomba de hidrógeno. Ahora, la Comisión afirma que «en el otoño de 1946, así como durante los meses subsiguientes, Oppenheimer se opuso obstinadamente al desarrollo de la bomba de hidrógeno, aduciendo motivos morales, luego técnicos, después que no existía suficiente material ni bastantes hombres para realizar el proyecto, y por último que era políticamente indeseable».

McCarthy y Jenner han manifestado que el Subcomité interno de Seguridad del Senado descubrió una «voluminosa información» sobre Oppenheimer en 1952, y la entregó a los organismos gubernamentales adecuados.

Además, McCarthy ha afirmado que creía que los comunistas tenían «acceso libre» a toda la información relativa a las bombas atómica y de hidrógeno. «No creo — ha añadido — que haya un solo secreto atómico o sobre el hidrógeno, que no lo tengan ya los comunistas.»

Oppenheimer ha confesado haber contribuido a financiar la subversión comunista en España. También resulta que su mujer fué comunista, y que anteriormente estuvo casada con Joe Dallet, funcionario comunista «que murió luchando contra España».

José María Massip pone su contrapunto característico a las gravísimas acusaciones lanzadas contra Oppenheimer — de las que el F.B.I. posee, al parecer, pruebas terminantes —, asegurando que las mismas serán «aclaradas» en el curso de la investigación «aceptada voluntariamente por el acusado». También asegura Massip que el asunto «podría hacer muchísimo daño a la unidad moral del país».

¿Por qué? ¿Por qué Massip — por lo menos en la crónica a que nos referimos — no habla de la simpatía y colaboración de Oppenheimer con los comunistas españoles? ¿A qué obedece el «antimaccartismo» que traslucen las crónicas enviadas por Massip desde Washington y publicadas en «ABC» de Madrid y en el «Diario de Barcelona»?

Habla igualmente Massip de prejuicios raciales. Se refiere, sin duda, al hecho de que Oppenheimer sea judío. Pero también son judíos muchos de los espías atómicos al servicio de la URSS: Pontecorvo, Fuchs, Rosenberg...

Y también lo es el presidente de la Comisión de Energía Atómica, Lewis Strauss.

UN DESPACHO DE LA REUTER

«Londres, 12. — La Agencia Reuter difunde en su servicio ordinario el siguiente despacho fechado en Madrid: El Consulado español en Gibraltar será clausurado indefinidamente a partir del primero de mayo, ha anunciado el ministro español de Asuntos Exteriores. El Gabinete decidió el viernes cerrar el Consulado para «evitar una

ACTUALIDAD

descortesía» a la reina Isabel durante su visita a la fortaleza en mayo...»

Del 19 al 23 de abril

SIGNIFICADO DE LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

Cada vez se hace más patente que Norteamérica, mejor dicho, los actuales gobernantes norteamericanos, han entrado de lleno por el camino que puede conducir irremediablemente a la tercera guerra mundial.

Lo que tanto cabía temer a raíz de la elección de Eisenhower, sale repentinamente a la luz pública en la presente primavera. La guerra puede ser ahora, si Dios no lo remedia, una trágica realidad. Y la lucha de Indochina sería el pretexto.

«Una alta personalidad norteamericana que ha pedido no ser identificada —pero que ha resultado ser nada menos que el vicepresidente Nixon—, ha manifestado que dos portaviones norteamericanos se encuentran en aguas de la costa de Indochina como «demostración de fuerza» para los comunistas. Añadió que se trata de una advertencia a la China roja «para que se mantenga fuera de Indochina».

Dicha personalidad añadió que «estos portaaviones no están participando en la guerra de Indochina, pero en el caso de que los Estados Unidos se decidan a actuar militarmente de manera directa, estarán prestos para iniciar tal acción.»

En resumen, la posición oficial de Norteamérica parece ser la de que en modo alguno puede permitirse que la Indochina caiga en poder del comunismo soviético.

¿Por qué no se evitó antes la victoria de Mao Tse Tung en China? ¿Por qué se facilitó su triunfo y se preparó la derrota de las fuerzas nacionalistas?

Resulta en extremo sorprendente que Washington haya organizado la demostración naval en las costas de Indochina, y exija de Francia el aplastamiento de los rojos, cuando en Corea se impidió cualquier acción que hubiera podido significar el aplastamiento de la agresión bolchevique.

La conjetura más probable podría enunciarse, quizás, así: En determinados círculos dirigentes, singularmente de los Estados Unidos, se considera ahora conveniente o tal vez necesario desencadenar la guerra contra la Unión Soviética; Indochina sería el pretexto, la destrucción de medio mundo podría ser para algunos un objetivo necesario, y el avance del comunismo —o de una tiranía similar— la consecuencia final esperada.

Si ello fuera así, ¿podría hablarse de una guerra anticomunista? ¿No sería más real referirse a una trampa inmensa tendida contra los pueblos católicos?

UNAS DECLARACIONES Y UN MENSAJE

En el ambiente que acabamos de señalar, y que, según modestamente creemos, refleja la más exacta realidad de los hechos, el ministro español de Comercio, señor Arburua, regresa de su viaje por Norteamérica.

Según el corresponsal José María Massip, el señor Arburua ha manifestado lo siguiente:

«Regreso a Madrid completamente satisfecho del resultado moral y humano de mi

visita a este gran país al que he encontrado perfectamente a la altura del caudillaje del mundo occidental, que nuestro tiempo le ha deparado y en el que encontrará, en todo momento a España dispuesta y unida en la misión histórica de preservar los valores de nuestra civilización cristiana frente al comunismo internacional, establecidos en el tratado firmado en Madrid en septiembre pasado... Vine aquí como ministro, y no me parece exagerado decir que me voy como amigo... En todas partes, empezando por la Casa Blanca, he recibido expresiones de simpatía...»

El Domingo de Resurrección, Su Santidad el Papa, en su Mensaje de Pascua, dijo estas palabras:

«Si bien en los cielos todo es paz y alegría, la realidad en la tierra es muy diferente; aquí en lugar del sereno regocijo cuyo secreto fué ya revelado por Cristo, aumenta de año en año la ansiedad, y, como si dijéramos, el espanto de los pueblos ante el temor de un tercer conflicto mundial y de un terrible futuro puesto a merced de las armas destructoras.»

Para añadir más adelante: «Entre tanto, mientras la angustia parece hacerse más acuciante, he aquí que irradia en el suave resplandor de la Pascua, florecida este año bajo el sol virginal de María, la dulce sonrisa de la Madre de Jesús y Madre nuestra, gozosa también Ella al lado de su Hijo. De esta forma extiende hoy el manto de su inefable ternura esta Madre amantísima, particularmente sobre los que viven en la oscuridad y en el dolor.»

¿Qué se prepara en Moscú? ¿Y en Washington?

SHEHAR YASHUB

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

LEÓN XIII. Fernand Hayward. Editorial Litúrgica Española, S. A. Barcelona.

Esta biografía tiene un mérito innegable: el dar una preciosa visión de conjunto de uno de los más largos y fecundos pontificados que se han dado en la historia de la Iglesia: el de León XIII. Es un estudio serio, ameno, bastante profundo de los agitados sucesos que entonces se produjeron y ante los que el autor adopta una postura de difícil objetividad.

Esta última circunstancia, tan rara en los que han escrito sobre León XIII, aparece, sin embargo, un tanto empañada por algunas afirmaciones, aisladas desde luego, y en exceso ingenuas, explicables quizá en un converso como Hayward. ¡Fué tan delicado el problema de Francia y tan torcidas y variadas las interpretaciones que se dieron al pensamiento de aquel Pontífice! Creemos poder afirmar, en contra de lo

que escribe Hayward, que el gran designio de León XIII no fué «reconciliar la Iglesia con el mundo moderno», aun manteniendo —como la mantuvo— la más rigurosa integridad de doctrina. No se propuso «reconciliar generosamente las dos Francias contrapuestas». Y más difícil se nos hace creer que el Barón de Rothschild agradeciera «con lágrimas en los ojos» al Nuncio de Su Santidad en París, «la invitación lanzada por el augusto Pontífice a todas las gentes de bien, para que se uniesen *sin distinción de confesiones*, con el solo deseo de trabajar para el mejoramiento de la Sociedad» (1). Esto huele un poco a la tesis si-

(1) Que Rothschild se hubiese alegrado de una tal invitación, si hubiese podido existir, nada tendría de particular. Que se emocionase hasta el derramamiento de lágrimas por un hecho de esta índole quien fué culpable en gran parte de la entrega de Francia a la masonería nos parece de una excesiva y pueril ingenuidad.

llonista que condenó luego rotundamente el Beato Pío X.

La Francia revolucionaria y la Francia católica eran y son inconciliables y esta es la verdadera y más triste división de aquel país que tanto sigue influyendo aún en Europa. León XIII propugnó la adhesión a la república francesa y esto no como tesis doctrinal —la Iglesia, enseñó claramente, no puede infundirse a ningún régimen político— sino como cuestión táctica, para quitar el sectarismo masónico el argumento o pretexto que empleaba sobre la adhesión de los católicos a la monarquía para perseguir con más saña a la Iglesia de Dios.

Hecha esta salvedad, que estimamos necesaria porque afecta a un aspecto fundamental en el pontificado de León XIII, la biografía que comentamos es un resumen acabado de uno de los periodos más virulentos en la historia de la Iglesia y de sus eternos perseguidores.

R. C.

Canonización de S. S. Pío X

Número extraordinario (1-15 de junio)

«Por su persona y por su obra, Dios quiso preparar a la Iglesia para los nuevos y arduos deberes que los tormentosos tiempos futuros le reservaban.

* * *

Para ceder lugar al mismo, se adelanta al 20 de mayo el número dedicado al III CONGRESO NACIONAL DEL APOSTOLADO DE LA ORACION que se celebrará en Santiago en la segunda decena del mes de Junio.

Lea Ud. en dicho número la comunicación presentada: «Renovación de la sociedad por el Apostolado de la Oración».

III Congreso Nacional del Apostolado de la Oración
GRAN PEREGRINACION A
SANTIAGO Y FATIMA

con visitas a ZARAGOZA - VALLADOLID - LEON - SANTIAGO - FATIMA - LISBOA - MADRID

Del 6 al 16 de junio 1954

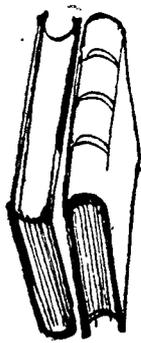
TREN ESPECIAL organizado por el Secretariado Diocesano del Apostolado de la Oración, de Barcelona

Informes e inscripciones: Lauria, 15, 3.º - Teléfonos: 21 27 75 - 31 11 66 - BARCELONA

Cierre de la inscripción: 18 de mayo

¿Has leído, católico,
las exhortaciones
y consignas del
Papa para este
Año Mariano?

C
R
I
S
T
I
A
N
D
A
D



C
R
I
S
T
I
A
N
D
A
D

Complete su colección
con los tomos
que le falten





Marca Registrada

EDUARDO PUIG

REFLECTORES

Primera y única fábrica nacional especializada en esta industria

ILUMINACION

Industrial - Comercial - Espectacular

Avda. José Antonio, 431

Teléfono 23 41 28

BARCELONA



En su viaje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas



HOTEL COMPOSTELA

PRIMER ORDEN



SANTIAGO DE COMPOSTELA

Obras que por su interés recomendamos

(Depósito en nuestra Administración)

El Liberalismo es pecado <i>Dr. Félix Sardá y Salvany</i>	6'—
La inquisición <i>J. M. Orti Lara</i>	15'—
La vuelta a los altares <i>Luis Creus Vidal</i>	25'—

Documentos Pontificios de S. S. Pío XII

Cartas, Discursos, Mensajes y Exhortaciones año 1952	
Encuadernados	65'—
En tela y piel	90'—
Sin encuadernar	55'—

P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E



P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E